UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
GRADO EN HISTORIA

TRABAJO FIN DE GRADO

Director/a: David Cuenca Solana

Curso 2022/2023

LOS ORNAMENTOS PERSONALES DE LOS CAZADORES-RECOLECTORES DURANTE LA PREHISTORIA EUROPEA: UNA SÍNTESIS EN CLAVE DIACRÓNICA

PERSONAL ORNAMENTS OF HUNTER-GATHERERS DURING EUROPEAN PREHISTORY: A DIACHRONIC KEY SYNTHESIS

DANIEL PÉREZ GARCÍA DE LOS SALMONES

Julio 2023

Resumen

El uso de ornamentos personales ha sido tradicionalmente vinculado con las prácticas simbólicas y el comportamiento moderno en H. Sapiens y probablemente en otras especies humanas. Desde sus orígenes africanos durante el Paleolítico medio hasta finales del Mesolítico, los ornamentos personales variaron sustancialmente en lo referido a materiales, tipologías y técnicas de manufactura; adecuándose a los contextos y cambios ideológicos experimentados por las sociedades de cazadores recolectores. En este trabajo se analiza la evolución de los ornamentos personales desde sus primeras manifestaciones en África hasta el ocaso de las sociedades de cazadores recolectores en Europa, centrando nuestro foco de interés en el occidente europeo y, especialmente, la península Ibérica.

Palabras clave: *ornamentos personales, simbolismo, cazadores recolectores, prehistoria.*

Abstract

The use of personal ornaments has been traditionally linked to symbolic practices and complex behavior in *H. sapiens* as well as in other human species, probably. Since their african origin during Middle Palaeolithic until the late Mesolithic, personal ornaments varied substantially in terms of materials, typologies, and manufacturing techniques; adapting to the contexts and ideological changes experienced by hunter-gatherer societies. This paper analyzes the evolution of personal ornaments from its first manifestations in Africa to the dawn of hunter-gatherers societies, focusing our interest on Western Europe and, especially, the Iberian Peninsula.

Keywords: *personal ornaments, symbolism, hunter-gatherers, prehistory.*

AVISO DE RESPONSABILIDAD UC

Este documento es el resultado del Trabajo de Fin de Grado de un estudiante, siendo su autor responsable de su contenido. Se trata por tanto de un trabajo académico que puede contener errores detectados por el tribunal y que pueden no haber sido corregidos por el autor en la presente edición. Debido a dicha orientación académica no debe hacerse un uso profesional de su contenido. Este tipo de trabajos, junto con su defensa, pueden haber obtenido una nota que oscila entre 5 y 10 puntos, por lo que la calidad y el número de errores que puedan contener difieren en gran medida entre unos trabajos y otros.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

1. INTRODUCCIÓN 4

2. SIMBOLISMO, ORNAMENTOS PERSONALES Y SOCIEDAD 5

2.1. LOS ORNAMENTOS PERSONALES 6

2.2. PROBLEMÁTICA EN TORNO AL ESTUDIO DE LOS ORNAMENTOS 7

2.3. LOS ORNAMENTOS Y SU FUNCIÓN SOCIAL EN LAS SOCIEDADES PREHISTÓRICAS: UNA VISIÓN DESDE LA ETNOGRAFÍA 8

3. LOS ORNAMENTOS PERSONALES EN LA PREHISTORIA: SU TRANSFORMACIÓN DIACRÓNICA 12

3.1. PRIMERAS EVIDENCIAS 12

3.2. LA TRANSICIÓN DEL PALEOLÍTICO MEDIO AL SUPERIOR ¿ORNAMENTOS NEANDERTALES? 15

3.2.1. Posible simbolismo de humanos “no sapiens”. 15

3.2.2. Las culturas de transición 17

3.3. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL AURIÑACIENSE 19

3.4. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL GRAVETIENSE 23

3.5. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL SOLUTRENSE 28

3.6. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL MAGDALENIENSE 32

3.7. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL EPIPALEOLÍTICO Y MESOLÍTICO 39

4. CONCLUSIONES 44

5. BIBLIOGRAFÍA 47

6. ÍNDICE DE FIGURAS 55

1. INTRODUCCIÓN

El uso de ornamentos personales es una práctica tan intrínsecamente humana y cotidiana que, a menudo, olvidamos el enorme componente simbólico que reside detrás de elementos tan comunes como una alianza en el dedo, un crucifico colgado al cuello o unos pendientes que pertenecieron a un ser querido. Al igual que son importantes en nuestra sociedad, lo fueron para los grupos de cazadores recolectores del Paleolítico; artífices de un sinfín de objetos de adorno que oscilaron desde el más primigenio minimalismo hasta auténticas obras de arte, configurando un interesante mosaico cultural cuyas reminiscencias aún percibimos en la actualidad.

Con este trabajo se aspira a ofrecer una visión general sobre la evolución de las prácticas ornamentales en un concreto contexto espacial, Europa; y cronológico, durante el periodo comprendido entre la aparición de los primeros ornamentos personales y el final de las sociedades de cazadores-recolectores tras el Mesolítico (45-5 ka aproximadamente). Pese al preciso encuadramiento de este marco, sus límites son flexibles, pues también ocupa un lugar destacado lo concerniente con los más antiguos ornamentos personales, documentados en África miles de años antes que en el continente europeo, ya que esta área constituye el espacio donde surgió nuestra especie antes de colonizar Europa. En referencia a la cronología empleada, es requerido mencionar que todas las fechas aquí utilizadas se muestran en su versión calibrada (Cal. BP).

En virtud de este objetivo se ha dividido este trabajo en dos grandes bloques. El primero está destinado a establecer el marco teórico en torno a los ornamentos personales, definiéndose los conceptos de simbolismo y ornamento personal; así como las dificultades cuyo estudio entraña. El foco de este bloque es –además– evidenciar el potencial que la etnografía ha tenido y tiene a la hora de analizar los usos y funciones de los ornamentos personales en distintos contextos geográficos y culturales.

El segundo bloque constituye el eje central del trabajo, abordando directamente la evolución diacrónica de los ornamentos en los grupos de cazadores-recolectores, desde sus evidencias más antiguas, hasta finales del Mesolítico. Con el objetivo de organizar la información, para el Paleolítico superior se han establecido subapartados atendiendo a la división cronológica tradicional asignada a los complejos tecnológicos; sin embargo, es importante destacar que el desarrollo de los ornamentos personales no estuvo necesariamente ligado al de los tecnocomplejos, sino que a menudo intervinieron otros factores como la disponibilidad de materias primas, el clima, las técnicas de subsistencia o las propias

tendencias estéticas e ideológicas. A su vez, por cuestiones tanto bibliográficas como de interés, se ha puesto el foco de estudio en los ornamentos adscritos a la región cantábrica y la península Ibérica con cierta preferencia frente a los exteriores, aunque estos también gozan de un análisis profundo y sistemático de sus registros. El marco espacial en este segundo bloque se reduce, por tanto, a Europa, ubicando su límite en torno al río Dniéper; ya que las culturas de Rusia, Ucrania y el límite oriental de Europa emprendieron un desarrollo que, pese a compartir ciertos paralelos con Europa occidental; presenta numerosas particularidades que rebasan el sintetismo requerido en un trabajo de este tipo.

2. SIMBOLISMO, ORNAMENTOS PERSONALES Y SOCIEDAD

Rivera Arrizabalaga define al simbolismo como la "manifestación de un proceso cognitivo que otorga a determinados elementos la representatividad de ciertas ideas, abstracciones o creencias que la sociedad ha generado y aceptado en su conjunto" (Rivera, 2009: 79), entendiendo por *elementos* a todo un compendio de objetos, lugares, gestos e incluso conductas. Las evidencias de simbolismo han sido tradicionalmente vinculadas con el desarrollo de la conducta humana moderna, interpretada como el clímax de un proceso cognitivo que, en constante desarrollo, va incorporando nuevas propiedades emergentes; entre las que se encuentran la generación de cultura, el lenguaje o, precisamente, el simbolismo (Rivera, 2009: 78). El significado de los símbolos viene asignado por convenciones arbitrarias construidas socialmente (Botha, 2008: 202), por lo que para cada cultura, etnia, lugar o momento histórico, su interpretación puede variar significativamente, siendo a menudo indescifrable para quienes no se han criado en el contexto en el que se emplean esos símbolos.

Mientras autores como Maurice Bloch (1991) defendían a principios de los 90 que la cultura y el simbolismo no estaban inevitablemente ligados a la aparición del lenguaje, y que gran parte del conocimiento humano es fundamentalmente no lingüístico –pudiendo, eso sí, transformarse en discurso–; otros más recientes como Christopher Henshilwood (2004) consideran el lenguaje sintáctico como un requisito esencial a la hora de transmitir significados abstractos y simbólicos, ya que permite la organización de ideas y la comunicación de los códigos simbólicos. Entre las sociedades paleolíticas el simbolismo se convirtió en una herramienta clave para la supervivencia, pues su aparición, como todo progreso evolutivo, respondió al interés en cumplir una función determinada; en este caso, mejorar la comunicación intragrupal e intergrupal. No obstante, el mantenimiento de este *gadget* evolutivo requería de la existencia de una sociedad medianamente estable y de la

presencia de relaciones entre poblaciones (Rivera, 2009: 78); de modo que –aunque ya existente– el simbolismo no eclosionó definitivamente hasta finales del Paleolítico medio-superior.

La elaboración de productos simbólicos descansa sobre dos pilares fundamentales: el concepto de individualidad grupal y personal, es decir, la distinción del *yo* frente al *tú* o del *nosotros* frente al *vosotros*; y la ubicación de esta individualidad tanto en el tiempo como el espacio (Rivera, 2009: 80). Una vez definida la identidad, primero del grupo y posteriormente del individuo, comenzarían a aparecer los productos simbólicos y modernos, en forma de –entre otras cosas– comportamientos, expresiones gráficas y –lo que aquí más nos concierne– ornamentos personales. Los ornamentos personales son, por tanto, marcadores claros de conducta moderna, lo que dará base a los numerosos debates que iremos abordando a lo largo de este trabajo, en torno al origen de la manufactura de los ornamentos, y también de sus creadores y portadores.

2.1. LOS ORNAMENTOS PERSONALES

La ornamentación personal consiste básicamente en la modificación cultural del cuerpo propio (Vázquez, 2013: 13) atendiendo a fines muy diversos, como la autoprotección o la comunicación no lingüística. Estos adornos o modificaciones incluyen desde el uso de vestidos y objetos de adorno-colgante; hasta prácticas en las que el soporte directo es el cuerpo humano, como la escarificación, la mutilación ritual, las modificaciones anatómicas o el tatuaje; que, por su propia naturaleza, apenas dejan rastro arqueológico, por lo que las conocemos principalmente gracias a la etnografía. De las tipologías mencionadas, la que mayor huella ha dejado en el registro arqueológico es la referida a los objetos de adorno-colgante, sobre los que incidiremos aquí.

Álvarez Fernández (2006: 69) considera objeto de adorno-colgante aquel "símbolo, código, lenguaje, medio de comunicación capaz de actuar como forma de cohesión de un grupo humano y diferenciarlo de otros grupos que integran la sociedad"; cuya naturaleza física permita colgarlo o ubicarlo en alguna parte del cuerpo. El modo de uso de estos ornamentos conlleva ciertas limitaciones intrínsecas en lo referido a peso y tamaño; e involucra diversos métodos de suspensión, como muescas, perforaciones, etc.; que pueden variar en función de la materia prima utilizada, la tendencia cultural, el lugar y el periodo. Para la elaboración de este tipo de ornamentos se emplearon materiales de origen tanto animal como mineral, siendo los más comunes las conchas, dientes, marfil, asta, hueso, cáscaras de huevo de avestruz y minerales de diversas tipologías; a los que se suma un

potencial conjunto de materias de origen vegetal que apenas ha dejado huella en el registro. Considerando el amplio abanico cronológico y geográfico que se pretende abarcar aquí, se profundizará en los tipos de técnicas y materiales predominantes para cada periodo y área en el apartado de transformación diacrónica.

2.2. PROBLEMÁTICA EN TORNO AL ESTUDIO DE LOS ORNAMENTOS

El estudio de este tipo de elementos simbólicos entraña ciertas dificultades, que atienden a parámetros tanto arqueológicos como interpretativos. En primer lugar, la muestra de ornamentos personales de la que disponemos está –como ya he mencionado– fuertemente sesgada por razones tafonómicas: mientras que adornos fabricados en hueso, diente o mineral resisten en mayor o menor medida el deterioro del tiempo, otras materias como la madera o el cuero son prácticamente imposibles de rastrear arqueológicamente debido a su carácter perecedero. La etnografía, por su parte, ha aportado ejemplos como el de los aborígenes australianos, cuyos ornamentos se componían mayoritariamente de materiales perecederos como plantas o pelo (Balme et al, 2009: 65); por lo que no se puede descartar el uso de este tipo de materias por cazadores recolectores de otras áreas y periodos. Este mismo problema afecta a adornos aplicados directamente sobre el cuerpo, como las escarificaciones o tatuajes; si bien –aunque no pertenezcan a cazadores recolectores– contamos con escasísimos ejemplos en cuerpos excepcionalmente conservados, como el de Ötzi en los Alpes Réticos Orientales (Maderspacher, 2008: 990) o las momias Pazyryk del sur de Siberia (Iwe, 2013).

En segundo lugar, un problema que se extiende más allá del estudio de los ornamentos es el de la contaminación interestratigráfica, que, sin embargo, resulta especialmente complejo cuando se aborda el uso de este tipo de elementos por parte de especies como *H. neanderthalensis*, lo que ha generado los arduos debates entre la comunidad científica, que abordaremos más adelante.

En tercer lugar, el problema arqueológico típicamente vinculado con los adornos en concha es el del origen natural o antrópico de las perforaciones usadas para suspender algunos de estos elementos. Afortunadamente, en la actualidad este problema está en gran medida superado, pues contamos con metodologías complejas que permiten determinar mediante análisis traceológicos la naturaleza de las perforaciones. Si bien la perforación artificial esclarece casi de forma sistemática la condición de objeto de adorno-colgante de una concha, Bednarik (1995: 203) señala certeramente que no hay razones para asumir que

objetos perforados de forma natural no fueran utilizados como ornamentos; entrando así en juego análisis de huellas de uso, restos de ocre, marcas de suspensión, etc.

Por último y en relación con lo anterior, Vanhaeren (2002: 18) subraya el problema que supone la necesidad de emplear de forma combinada múltiples metodologías y técnicas para el estudio de los ornamentos personales; ya que la gran heterogeneidad de materiales, tipologías, modos de uso, morfologías, etc. de los ornamentos, involucra todo tipo de competencias, desde la malacología o la microscopía hasta la arqueozoología, estadística o incluso química.

Dejando de lado los parámetros arqueológico-metodológicos, la interpretación de los ornamentos presenta dos problemas principales, la propia identificación de los objetos como ornamentos; y su carácter polisémico, que será minuciosamente abordado en el siguiente apartado. Aparte de aquellos objetos en los que, por su morfología, sistemas de suspensión, huellas de uso, etc., resulta evidente su uso como ornamentos; es muy probable que existan otros adornos que somos incapaces de identificar ya que carecemos de los mecanismos culturales o el código simbólico que permiten su interpretación como tal. Del mismo modo podría darse la situación inversa, es decir, que estemos interpretando como ornamentos objetos que quizá tenían propósitos de tipo funcional-técnico o simbólico no necesariamente relacionados con el adorno personal (Vanhaeren, 2002: 17). En lo referente a la dificultad de interpretación de los símbolos, resulta bastante ilustrativo el pesimista ejemplo aportado por Henri Delporte (1990: 242), en el que el arqueólogo Neil G. W. Macintosh interpretó la simbología de las pinturas de dos abrigos australianos, para que, años después, pintores aborígenes le revelaran el verdadero significado, errando en más del 90% de las interpretaciones.

2.3. LOS ORNAMENTOS Y SU FUNCIÓN SOCIAL EN LAS SOCIEDADES PREHISTÓRICAS: UNA VISIÓN DESDE LA ETNOGRAFÍA

La no pervivencia en el tiempo de los códigos simbólicos prehistóricos ha forzado a la comunidad científica a interpretar la función social de los ornamentos personales desde el "actualismo" (Álvarez Fernández, 2006: 71), en base a analogías etnográficas, combinándolas con el registro arqueológico y la arqueología experimental. El principal problema reside en la correcta elección de estas analogías, y en la inexistente garantía de que estas sociedades tradicionales –supuestamente análogas– tuvieran códigos parecidos a las de los cazadores recolectores prehistóricos. Al respecto, Bednarik (1995) advierte del peligro que supone proyectar las concepciones modernas de decoración sobre sociedades

remotamente lejanas en el tiempo, afirmando que deberíamos concebir sus sistemas simbólicos como no menos complejos que los nuestros.

El estudio de la funcionalidad social de los ornamentos se asienta sobre dos principios fundamentales. En primer lugar, las elecciones de estilo, código simbólico y ornamentos de una sociedad determinada no guarda relación necesaria con las de otra sociedad con la que no mantiene relaciones de ningún tipo. Estas elecciones se transmiten socialmente, de modo que el grado de similitud entre las elecciones tomadas en dos lugares o sociedades relacionadas depende de la intensidad de dichas relaciones (Sackett, 1977: 371). En segundo lugar, aun dentro de una misma sociedad o grupo, un ornamento personal puede tener uno o varios significados, que además pueden variar en el tiempo o emplearse en circunstancias o eventos concretos (Álvarez Fernández, 2006: 71).

En su tesis doctoral, Marian Vanhaeren (2002) expone un útil compendio de funcionalidades sociales de los ornamentos personales. En primer lugar, está la función que más posiblemente asociamos con los adornos en la actualidad: la función estética o de autoafirmación personal, que busca el embellecimiento del cuerpo y denota un interés intrínseco en la imagen propia. La expresión estética puede vincularse directamente con el segundo de los cometidos asociados al adorno personal, la atracción del sexo opuesto. Esta funcionalidad, no exclusiva del ser humano, se atestigua en ciertos ejemplos etnográficos. Por ejemplo, entre los Nharo de Botsuana, el vestido juega un importante papel, ya que ciertos usos de éste son indicativos de que la mujer que lo porta quiere ser cortejada (Barnard, 1980: 120). El mejor ejemplo lo ofrecen, sin embargo, los Samburu de Kenia, cuyas mujeres portan masivos collares de coral que les cubren todo el cuello, dando a entender que están en busca de un marido (Nyambura et al, 2013: 82).

Otra de las funciones, sobre la que se incidirá recurrentemente, es la utilización de ornamentos personales como demarcadores de grupo social o étnico. La identificación del individuo con el grupo aporta protección y seguridad, especialmente en situaciones en las que la cohesión de éste es la principal garantía de supervivencia (Hernando, 2002: 59-60). Con el aumento demográfico y –por tanto– la mayor interacción entre bandas, se favorece el uso de este tipo de ornamentos para preservar los lazos internos y la no atomización del grupo frente a la competitividad de otros (Bar-Yosef, 2002: 379). Buen ejemplo del uso de adornos como marcadores étnico-grupales eran los nativos americanos de California y Nevada, en cuyas ceremonias y banquetes comunitarios cada grupo utilizaba una decoración distinta para la cabeza, ya fuesen pieles, plumas, cestería, etc. (Bates, 1982: 55). Como se

expondrá más adelante, la variabilidad de ornamentos se ha utilizado en varios estudios (Vanhaeren y d'Errico, 2006; Schwendler, 2005; Schwendler, 2012; etc.) para determinar la presencia de grupos diferenciados por razones tanto culturales como etnolingüísticas.

En cuarto lugar, la etnografía ha demostrado que una de las funcionalidades más comunes de los ornamentos en las sociedades tradicionales es la adscripción de los individuos a categorías sociales, determinadas por criterios como el sexo, edad, etapa biológica, estado social (casado, soltero, viudo…) o fase de transición, como la pubertad, primera menstruación o menopausia. Estas categorías tendrían asignados determinados ornamentos personales, como el *isicoco* que reciben los varones zulús al alcanzar la adultez, o las plumas de avestruz que sólo los guerreros y hombres importantes pueden lucir (Mayr, 1907: 159-160). En relación con este último uso está la –también común– función de los ornamentos como demarcadores de estatus social individual, reservados a miembros del grupo con cualidades o competencias especiales. En este aspecto son representativos las coronas de plumas rojas que portan las madres de los jefes bantúes (Kuper, 1973: 354) o los *iminqwambi* (tiras de piel colocadas sobre los hombros) de los chamanes zulús (Mayr, 1907: 161). Asimismo, el prestigio, riqueza o habilidad individual se suele representar mediante ornamentos; por ejemplo, los aborígenes australianos más experimentados en el arte de la caza portaban colgantes con los dientes de los canguros más grandes que habían abatido (Balme y O'Connor, 2019: 186).

Uno de los campos en el que más presencia tienen los ornamentos personales es en la esfera ritual y religiosa. El uso de objetos de adorno como parte de ritos es recurrente en la etnografía, siendo buen ejemplo el caso de los esquimales de la isla de Nunivak; que, durante los banquetes rituales, adornaban con hollín y cubrían de collares de cuentas a los mensajeros que acudían a recibir a los invitados (Lantis, 1946: 191). También se asocia el uso de collares de conchas con las prácticas ceremoniales en la Norteamérica precolombina, por su posible vinculación simbólica con la reencarnación o la resurrección (Claassen, 2008: 233-235). Los rituales a menudo requieren la entrega de ofrendas, que también pueden involucrar ornamentos, como sucede nuevamente entre los Nunivak: en los funerales, en función de quién fuera el difunto y cuántos hijos tuviera, sus familiares cercanos debían dejar a modo de ofrenda cierto porcentaje del total de ornamentos que poseyeran (Lantis, 1946: 227-228).

Otros ornamentos vinculados al plano espiritual pero no necesariamente adscritos a las ceremonias son los amuletos, utilizados para proteger al portador; los adornos

profilácticos, para curarle; y los talismanes, para "alcanzar la prosperidad" (Vanhaeren, 2002: 13-14). Este tipo de ornamentos no tenían por qué mostrarse ni ser ostentosos, yendo a menudo ocultos bajo la ropa; aunque eran de gran valor para su portador y en muchos casos, como el de los esquimales, pasaban de generación en generación (Lantis, 1946: 205). Los talismanes tendrían como función favorecer aspectos de la vida esenciales para el grupo o la persona, como la caza, pesca, fertilidad, etc. Son representativos los adornos en forma de focas, ballenas o peces de los Inuit (Vanhaeren, 2002: 14), que supuestamente facilitarían el acceso a estos recursos. Cabe incluir en este grupo de ornamentos religioso-rituales aquellos concebidos como "posesiones inalienables", es decir, reliquias familiares, tribales o comunitarias normalmente asociadas a los ancestros o a los difuntos, que simbolizan la identidad o la continuidad del grupo o individuo que los ostenta. El ejemplo más característico es el de los aborígenes australianos, que a menudo portaban como ornamentos o atesoraban huesos de amigos o familiares fallecidos (Balme y O'Connor, 2019: 189).

Es destacable el uso de abalorios y objetos de adorno como bienes de intercambio en redes intergrupales, jugando un papel especial a la hora de canalizar las relaciones y suavizar los posibles conflictos entre distintas bandas. A través de estos artefactos, la rivalidad entre grupos se expresa en función de la calidad de los regalos intercambiados y los ornamentos; quedando relegada la hostilidad abierta (Hodder, 1979). El valor de los objetos intercambiados dependería de diversos factores, como el exotismo del material, la inversión de tiempo dedicada a su fabricación, la complejidad de las técnicas empleadas o el grado de estandarización de sus formas y colores (Vanhaeren y d'Errico, 2005). El caso etnográfico que mejor representa esta función es el *Kula* de los habitantes de las islas Trobriand, descrito por Malinowski (1922). Los grupos de las distintas islas configuraron un circuito de intercambio compuesto por dos artículos principales, unas gargantillas de conchas que circulaban entre las islas a favor de las agujas del reloj, y unas pulseras –también de conchas– que circulaban en sentido opuesto. Los artículos estaban en constante movimiento, canalizando y perpetuando las relaciones entre los grupos; si bien, la posesión prolongada de éstos conllevaba cierto prestigio.

Por último, está atestiguado el empleo de ornamentos personales como métodos de comunicación no lingüística o incluso como sistemas de contabilidad. Tras la introducción por parte de holandeses, ingleses y portugueses de abalorios de colores en el África Austral, los zulúes desarrollaron un lenguaje basado en las combinaciones de colores, y expresado a través de complejos ornamentos que les permitían transmitir mensajes y expresar

sentimientos o deseos de forma no verbal (Mayr, 1907: 162-164). En lo referido a los sistemas de contabilidad, el caso más conocido es el de los *quipus*, sistemas de cuerdas y nudos empleados por los incas; sin embargo, existen otros casos como los collares con nudos o abalorios de colores utilizados por los monjes tibetanos (Ifrah, 1994) o las bandas que los samoanos portaban en la cabeza para representar y contabilizar los bienes que poseían (Weyler, 1959).

3. LOS ORNAMENTOS PERSONALES EN LA PREHISTORIA: SU TRANSFORMACIÓN DIACRÓNICA

3.1. PRIMERAS EVIDENCIAS

El origen de los ornamentos personales ha sido y sigue siendo objeto de debate entre la comunidad científica, puesto que su aparición supone un "Rubicón" en la evolución del ser humano y el comportamiento moderno. El surgimiento de las capacidades cognitivas y simbólicas asociadas a estas conductas ha sido explicado a través de varios modelos. Algunos autores (Mellars, 1973; Bar-Yosef, 1998) defienden la existencia de una "revolución" o aparición simultánea del simbolismo a manos de *H. sapiens* en Europa, a inicios del Paleolítico superior; otros adelantan diez milenios este evento, vinculándolo a una mutación neuronal en el Hombre Anatómicamente Moderno (HAM) de África (Klein, 2000). Por su parte, ciertos investigadores (Bednarik, 1995; Henshilwood et al, 2001; d'Errico, 2003) han propuesto un origen temprano del simbolismo durante el Paleolítico medio africano, que experimentó una evolución gradual hasta alcanzar su máxima expresión ya entrado el Paleolítico superior, en este caso ya en el contexto de Europa. En esta última interpretación difieren quienes asocian este fenómeno al desarrollo biológico del género *Homo* en África, y quienes defienden su aparición multifocal en cuanto a cronología, lugar y especie protagonista.

De las mencionadas, la visión más tradicional es la que defiende la llamada "revolución del Paleolítico superior" o "explosión del arte" (White, 1992). Esta "revolución" tendría lugar hace unos 40.000 años, comenzando en el Levante Mediterráneo, asociada probablemente a la cultura Emirense; y expandiéndose posteriormente por difusión démica, migración y transmisión de tecnologías hacia Europa, África y Asia (Bar-Yosef, 2002: 378-379). El origen del fenómeno simbólico se vincula con un aumento demográfico, que derivaría en una creciente competitividad intergrupal donde la cohesión interna sería un factor clave para la subsistencia. Este modelo ha ido perdiendo apoyo en las últimas décadas frente a la aparición de yacimientos en el sur y norte de África, y en el Levante Mediterráneo;

con ornamentos personales –algunos de ellos controvertidos– que han ido desplazando las cronologías hasta momentos intermedios del Paleolítico medio africano o MSA (Henshilwood et al, 2004; d'Errico, 2005; Vanhaeren et al, 2006; Bouzouggar et al, 2007).

Los ornamentos más antiguos publicados hasta la fecha aparecieron en los yacimientos de Skhul, en Israel; y Oued Djebbana, en Argelia, ambos asociados a hábitats de humanos anatómicamente modernos, y fechados entre 135 y 100 ka. Inicialmente, también se valoró la posible existencia de adornos sobre concha de bivalvo en Qafzeh (Israel), datados en 100-90 ka; no obstante, la naturaleza no antrópica de sus perforaciones y la presencia de restos de ocre esclarecieron su uso como recipientes para pigmento. En Skhul y Oued Djebbana, por su parte, se hallaron tres (dos y una respectivamente) conchas del gasterópodo *Tritia gibbosula* (Linnaeus, 1758) que, además de carecer de valor alimenticio, presentaban perforaciones en lugares estadísticamente poco comunes para deberse a factores naturales; lo que sugiere que fueron deliberadamente perforados o seleccionados (Vanhaeren et al, 2006: 1785-1787). Además, el yacimiento argelino en ningún momento de su ocupación se localizó a menos de 190 kilómetros de la costa, lo que evidencia el traslado intencional del ejemplar hasta el lugar.

Pese a que los dos yacimientos mencionados cuentan con los adornos más antiguos conocidos, el que realmente abrió el debate sobre la ornamentación en el Paleolítico medio fue el yacimiento sudafricano de Blombos Cave. El descubrimiento por parte de Christopher Henshilwood y su equipo (Henshilwood et al, 2004) de 41 conchas perforadas en niveles datados en torno a 75 ka, supuso el desplazamiento en más de 30.000 años de la fecha asignada para las evidencias más antiguas de ornamentos personales, por aquel entonces atribuidos al yacimiento búlgaro de Bacho Kiro (43 ka). Estas conchas pertenecen al gasterópodo *Nassarius kraussianus* (Dunker, 1846), de muy pequeño tamaño y, por tanto, no apto para la alimentación. Análisis de tipo experimental, traceológico y microscópico revelaron el origen antrópico de las perforaciones, su uso prolongado en el tiempo –probablemente cotidiano–, la presencia de ocre en algunos ejemplares y la elección consciente de conchas de acuerdo a su tamaño (d'Errico et al, 2005: 13-18). Estudios más recientes han desvelado la aplicación de tratamientos especiales para algunos de los ornamentos de Blombos Cave, como el ennegrecimiento mediante calor (d'Errico et al, 2015); o la existencia de diversos tonos y combinaciones de conchas (Fig. 1) que varían según el nivel estratigráfico, lo que sugiere la presencia de, o bien, comunidades distintas en

momentos diferenciados, o cambios normativos dentro de la misma comunidad (Vanhaeren et al, 2013: 515).

Figura 1: reproducción experimental de las distintas formas en que las conchas perforadas de Blombos Cave pudieron ser ensambladas formando colgantes (Vanhaeren et al, 2013)

La hipótesis que defiende la evolución progresiva de las prácticas simbólicas durante el Paleolítico medio africano se ha visto refrendada por otros nuevos hallazgos, como los gasterópodos perforados del área arqueológica de Taforalt, en Marruecos (Bouzouggar, 2007; d'Errico, 2009), datados en torno a 82 ka; o los también hallados en Sibudu Cave, Sudáfrica (d'Errico, Vanhaeren y Wadley, 2008). Asimismo, es destacable el ornamento hallado en Border Cave, de nuevo en Sudáfrica, asociado al enterramiento de un lactante de 4-6 meses; que podría representar la evidencia más antigua de ornamentos personal empleado como ajuar en una tumba (d'Errico y Backwell, 2016).

A finales del Paleolítico medio desaparecieron completamente los ornamentos personales de África y el Levante Mediterráneo. Entre 100 y 70 ka están documentados, entre otros, los casos previamente mencionados; no obstante, en torno a 70 ka se presenta un vacío en el registro arqueológico, prolongado hasta 45 ka aproximadamente (d'Errico et al, 2009: 16051). Este fenómeno ha sido vinculado con las variaciones climáticas que tuvieron lugar durante la transición entre el *Oxygen Isotope Stage* (OIS) 5 y el OIS-4, a finales del interestadial Riss-Würm. Las condiciones climáticas favorables parecen relacionadas con la ocupación del Levante Mediterráneo por parte de Humanos Anatómicamente Modernos (HAM) durante el OIS-5, hasta que el fuerte deterioro climático acontecido durante el OIS-4, en torno a 74 ka, supuso el abandono de estas áreas y su consiguiente ocupación por grupos neandertales; como evidencian los yacimientos de Kebara, Amud (Israel), Dederyieh (Siria), etc. (Zilhão, 2007: 7). La desaparición de los ornamentos pudo deberse al truncamiento del aumento demográfico, sumado a la ruptura de las potenciales redes de intercambio existentes previas al OIS-4, e incluso a la pérdida de las innovaciones tecnológicas o del componente simbólico necesarios para su factura (d'Errico et al, 2009: 16056).

A partir de 45-40 ka los adornos personales van reapareciendo tanto en África y Oriente Próximo como ya en Europa y Asia, percibiéndose, sin embargo, un considerable cambio normativo en los tipos, formas y materiales. Los primeros ornamentos de los que se

tiene constancia durante esta fase fueron elaborados en su totalidad sobre conchas de gasterópodos marinos como *N. kraussianus* o *N. gibbosulus*, mientras que, entrando ya en el Paleolítico superior africano, proliferan nuevos objetos de adorno como las cuentas de piedra y –especialmente en África– de cáscara de huevo de avestruz (d'Errico y Backwell, 2016: 106; Zilhão, 2007: 4). Esta falta de continuidad entre los primeros ornamentos y los que surgen en los albores del Paleolítico superior podría sugerir la existencia de habilidades cognitivas, motivaciones o sistemas simbólicos cualitativamente diferentes entre los grupos del Paleolítico medio y los posteriores a 45 ka (Vanhaeren et al, 2013: 503).

3.2. LA TRANSICIÓN DEL PALEOLÍTICO MEDIO AL SUPERIOR ¿ORNAMENTOS NEANDERTALES?

3.2.1. Posible simbolismo de humanos "no *sapiens*".

Hasta este punto, todos los ornamentos personales abordados se han asociado a *Homo sapiens*, no obstante, desde hace varias décadas se viene debatiendo acerca de las probables capacidades simbólicas de otras especies de homínidos, principalmente *Homo neanderthalensis*. Existen numerosas evidencias –aunque en su mayor parte también discutibles– acerca de posibles elementos simbólicos vinculados a otras especies del género *homo*, como el conocido bifaz Excalibur de la Sima de los Huesos, asociado a neandertales arcaicos; el hueso y diente perforados del yacimiento austríaco de Repolusthöhle, con cronología relativa de 300 ka (Bednarik, 2001: 49); o –de similar cronología– los restos óseos con motivos grabados de Bilzingsleben, en Alemania (Zilhão, 2007: 13).

La principal controversia se extiende en torno a los neandertales, habiendo especialistas como Rivera (2009) o White (1993) que defienden su incapacidad para fabricar ornamentos personales en base al nivel de desarrollo tecnológico, demográfico y social de los grupos musterienses antes del contacto con HAM. Exceptuando ciertas culturas de transición como el Chatelperroniense –de las que se hablará en el siguiente apartado–, los neandertales de otros lugares y épocas carecerían de culturas simbólicas (Rivera, 2009: 83). Estos autores se parapetan tras el escaso registro de adornos personales asociados a niveles con presencia neandertal, estadísticamente muy inferior al vinculado a *H. sapiens*; por lo que consideran que, aunque algunos sí pudieron ser fabricados por neandertales, responden generalmente a rarezas, casos aislados o contaminaciones interestratigráficas.

Por otra parte, ciertos investigadores (d'Errico et al, 2003; Zilhão et al, 2010; Peresani et al, 2011) defienden a capa y espada la capacidad neandertal para desarrollar diferentes comportamientos simbólicos, entre ellos el de manufacturar y usar ornamentos. A

nivel anatómico, la morfología de su aparato respiratorio, especialmente laringe y faringe, les permitiría el uso del lenguaje, requisito considerado esencial para el pensamiento simbólico (Henshilwood, 2004; Rivera, 2009). Además, la presencia atestiguada de las áreas encefálicas de Broca y Wernicke en *H. neanderthalensis* (d'Errico et al, 2003: 30-31) pone de manifiesto su capacidad para la planificación sintáctica y la codificación y descodificación de mensajes. A las evidencias paleoantropológicas se suman las proporcionadas por la arqueología, siendo grandes ejemplos los enterramientos de individuos neandertales de La Ferrassie y Chapelle-aux-Saints en Dordoña (Francia); o de Shanidar, en el Kurdistán iraquí. En todos estos casos se observa la existencia de un ritual funerario complejo que denota una elevada capacidad simbólica, especialmente en Shanidar, donde el estudio polínico demostró la presencia de un manto de flores y hierbas asociado a uno de los cadáveres (Solecki, 1975).

En relación con la producción neandertal de ornamentos personales, destacan los controvertidos yacimientos de Los Aviones y Cueva Antón, en Murcia; y Grotta di Fumane, en la provincia italiana de Verona. En el primero de los casos, Zilhão (2010) reportó el hallazgo de tres conchas de bivalvos con perforaciones en el umbo y restos de ocre. Aunque estas perforaciones se hayan determinado como naturales, el autor defiende la presencia de marcas de suspensión, que, no obstante, también podrían atribuirse a factores naturales como la abrasión producida por la arena. En Cueva Antón se halló otra concha de bivalvo perforada y con restos de pigmento. Si bien estas evidencias han sido ampliamente debatidas, diferentes especialistas consideran que no hay razón para pensar que piezas con perforaciones naturales no pudieran ser utilizadas como ornamentos (Bednarik, 1995: 203). Además, las evidencias recuperadas en Los Aviones presentan una cronología de 50 ka, por lo que no se le pueden achacar posibles contaminaciones interestratigráficas que lo relacionen con *H. sapiens* (Zilhão et al, 2010: 1027).

Por su parte, en los niveles musterienses de Grotta di Fumane, los análisis tafonómicos practicados sobre huesos de ave revelan cierto interés por las falanges de estos animales, y especialmente por las alas. Las marcas de desarticulación, fracturado y pulido de los huesos sugieren el posible aprovechamiento de las garras y plumas de águilas, buitres y quebrantahuesos –entre otros– para su uso como ornamentos personales. Esta funcionalidad simbólica se ve refrendada por el carácter no comestible de la mayor parte de las aves representadas, sumado a que la estabilización de proyectiles mediante plumas no

fue balísticamente necesaria hasta la invención del propulsor, ya en épocas más tardías (Peresani et al, 2011: 3892).

3.2.2. Las culturas de transición

El debate anclado a la transición Paleolítico medio-superior gira en torno a la asignación de las culturas transicionales (Chatelperroniense, Uluzziense…) a *H. sapiens* o a *H. neanderthalensis*; y el grado de autonomía que tuvieron estos últimos en la práctica de comportamientos simbólicos y modernos. Su estudio presenta ciertas limitaciones, ya que se dispone de escasos ornamentos, y la mayoría de los existentes aparecen en contextos problemáticos, sin asociación a restos humanos o sujetos a posibles mezclas estratigráficas (Álvarez Fernández y Jöris, 2007: 32). Además, la datación absoluta de los restos arqueológicos es controvertida, puesto que este periodo, en torno a 45-40 ka, confluye con el límite útil del C^{14}, lo que puede afectar a los resultados obtenidos.

Tras el mencionado vacío durante el OIS-4, los ornamentos personales reaparecieron masivamente en Oriente Medio, destacando los yacimientos de Üçağızlı (Turquía) y Ksar' Akil (Líbano); asociados a la cultura Ahmariense, de factura *sapiens*. En paralelo, y de similar cronología, resurgen en yacimientos africanos como Enkapune ya Muto (Kenia), con sus características cuentas de huevo de avestruz; o asiáticos, como Kara Bom, en la región rusa de Altái (Zilhão, 2007: 11-12). En Europa, la expansión de *Homo sapiens* los llevó a converger cronológica y espacialmente con las últimas poblaciones neandertales. Esta fase, en torno a 43-37 ka, coincide con la aparición de numerosas culturas o industrias llamadas "de transición"; como el Bachokiriense de Bulgaria, el Chatelperroniense franco-cantábrico, el Lincombiense, Szeletiense, Jerzmanowiciense y Ranisiense del Norte de Europa; el Uluzziense greco-italiano o el Bohuniciense de Moravia.

Para el estudio de los ornamentos personales resulta especialmente interesante el periodo Chatelperroniense, ya que cuenta con restos humanos neandertales asociados tanto a industrias como a objetos de adorno-colgante (d'Errico et al, 1998). Gran parte de la comunidad científica acepta a día de hoy que estos neandertales tardíos fueran capaces de elaborar ornamentos personales, no obstante, la opinión está dividida entre quienes defienden su producción autónoma por parte ésta especie (d'Errico et al, 1998; d'Errico et al, 2003; Zilhão, 2007), y quienes la achacan a la imitación o aculturación de grupos HAM con los que mantuvieron contacto (White, 1992; Álvarez Fernández y Jöris, 2007; Rivera, 2009).

Para la cultura Chatelperroniense, las evidencias de ornamentos se aúnan en yacimientos franceses como Grotte des Fées, donde se hallaron dos caninos de felino perforados; Quinçay, con seis dientes perforados de varias especies; Roc de Combe, con un canino de lince; y, especialmente, Grotte du Renne (Rivera, 2009: 84). Este último, además de contar con restos dentales de *H. neanderthalensis*, presenta un amplio compendio de adornos personales; entre los que destacan caninos e incisivos de mamíferos diversos, cuentas de marfil, huesos con surcos de suspensión y belemnites fósiles perforados (d'Errico et al, 1998: 4). Tanto en Grotte du Renne como en los demás contextos mencionados se ha especulado la presencia de posibles contaminaciones de origen Auriñaciense en la estratigrafía (White, 2002; Mellars, 2010), sin embargo, en este yacimiento, la ausencia de industria lítica auriñaciense en los niveles de ocupación chatelperronienses parece contradecir dicha afirmación (d'Errico et al, 1998; Caron et al, 2011).

El caso del complejo Uluzziense, propio de Grecia e Italia, es más controvertido, ya que el pilar que sostenía su atribución a *H. neanderthalensis*, Grotta del Cavallo (Apulia), se tambalea tras la reinterpretación como *sapiens* de dientes neandertales procedentes de los niveles más recientes adscritos al tecno-complejo Uluzziense; lo que a su vez retrasaría la llegada de los primeros HAM al continente europeo (Benazzi et al, 2011; Moroni et al, 2018). En Grotta del Cavallo se hallaron numerosas conchas perforadas que, junto a las extraídas de otros yacimientos uluzzienses griegos e italianos como Klissoura I o Castelcivita, componen las principales evidencias de ornamentos de este complejo cultural (Álvarez Fernández y Jöris, 2007). Las culturas transicionales del norte de Europa apenas cuentan con ornamentos personales o restos humanos que permitan su atribución clara a una especie u otra, mientras que las del área centro-oriental, el Bohuniciense y Bachokiriense, han ido clasificándose como obra de HAM en los últimos años (Hoffecker, 2009; Hublin et al, 2020).

Volviendo sobre el debate general, quienes defienden la producción neandertal de objetos simbólicos como fruto de una aculturación o "imitación sin entender", achacan este fenómeno a la proximidad entre *H. sapiens* y *neanderthalensis* fruto de la expansión de los primeros por Europa (Rivera, 2009: 88). La interacción de ambas especies, que originalmente se consideraba muy limitada, podría haber sido más duradera de aceptarse la hipótesis de la temprana expansión europea *sapiens*, en torno a 45-43 ka (Benazzi et al, 2011); o incluso anterior, de acuerdo a publicaciones más recientes que establecen la presencia de *H. sapiens* en el valle del Ródano hace 54 ka (Slimak et al, 2022). Por otra parte, quienes defienden el desarrollo autónomo neandertal esgrimían como principal

argumento que las culturas de transición, como el Chatelperroniense, subyacían en todos los casos a las culturas HAM (d'Errico, 1998), por lo que no había aculturación posible; no obstante, el reciente desplazamiento de las fechas para la expansión *sapiens* hacia épocas más antiguas, abre la veda a nuevas interpretaciones. Resulta ilustrativa la frase de Zilhão (2007: 18) en la que afirma que, hasta que no se atestiguara la presencia de restos *sapiens* más antiguos, las industrias estratigráficamente previas al Auriñaciense deberían considerarse legítimamente neandertales; ya que la asunción como *sapiens* de los dientes de Grotta del Cavallo la pone directamente en entredicho.

El otro argumento en contra de la aculturación neandertal se basa en las diferencias existentes entre los tipos de ornamentos producidos en contextos vinculados a *H. sapiens*, y en los supuestamente asociados con neandertales (d'Errico, 1998; Zilhão, 2007). Mientras en el registro arqueológico *sapiens* del Paleolítico superior inicial y Ahmariense predominan los ornamentos de conchas (principalmente gasterópodos), en el de las culturas europeas "de transición" apenas están representados, preponderando el uso de dientes y huesos con perforaciones o surcos; lo que denotaría la existencia de trayectorias culturales separadas. De nuevo, este argumento es cuestionable en la actualidad, pues cuando fue formulado no se disponía de evidencias suficientes para sostener la autoría *sapiens* del Uluzziense.

3.3. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL AURIÑACIENSE

La llegada del Paleolítico superior en torno a 40 ka se tradujo en la expansión y consolidación del poblamiento de *H. sapiens* en Europa, desplazando de forma relativamente abrupta a las poblaciones neandertales, abocadas a la extinción. Este fenómeno coincidió con unas condiciones climáticas inestables, ante la sucesión de estadiales fríos e interestadiales templados; que fueron deteriorándose progresivamente en pos del máximo glacial. Durante esta etapa se produjo la gran explosión simbólica humana, proliferando de forma muy repentina fenómenos hasta entonces considerados residuales o prototípicos; como el arte rupestre y mobiliar, o los ornamentos personales. Éstos últimos, cuya aparición, como hemos visto, venía gestándose desde el Paleolítico medio; eclosionaron en este momento a raíz, probablemente, del aumento demográfico de las poblaciones *sapiens*, cuya interacción o competitividad los llevó a desarrollar sistemas comunicativos complejos y adaptativos (Bar-Yosef, 2002: 379).

La producción de ornamentos, hasta entonces reducida a escasas tipologías y materiales, principalmente conchas de gasterópodos y cuentas de cáscara de huevo de avestruz; evolucionó, multiplicando exponencialmente sus técnicas de manufactura, la

variedad de materias primas, morfologías y modos de uso. A su vez, frente al modelo prácticamente globalizado existente durante el Paleolítico medio, el Paleolítico superior introdujo una perceptible regionalización desde el occidente europeo hasta el oriente asiático. Vanhaeren y d'Errico (2006) lograron, a través del análisis tipológico y geográfico de 157 tipos de adornos personales y 98 yacimientos de Europa y Levante Mediterráneo, determinar la existencia de 15 grupos etnolingüísticos agrupables en tres grandes bloques, el franco-cantábrico, el centroeuropeo y el mediterráneo-balcánico. Este estudio demostró el potencial de los ornamentos personales para poder establecer diferencias culturales o étnicas a través del registro arqueológico, complementando el tradicional análisis de los tecnocomplejos.

En la península Ibérica hay una clara discontinuidad geográfica en cuanto a los ornamentos utilizados en la franja cantábrica y en el Levante. Aunque la muestra no es muy amplia para la región cantábrica, en torno al 80% de los ornamentos documentados fueron fabricados con materias de origen animal, tanto marino como terrestre, tratándose en más de la mitad de los casos de dientes de mamíferos terrestres. Éstos se corresponden principalmente con caninos atróficos de ciervo, aunque también aparecen casos de incisivos de cabra, bisonte, ciervo y caballo; y caninos de zorro, no superando en ninguno de los casos los cuatro ejemplares (Álvarez Fernández, 2006: 210). La muestra malacológica se reduce a 5 unidades del gasterópodo *Littorina obtusata* (Linnaeus, 1758), especie atlántica aún presente en nuestras costas y utilizada como ornamento durante toda la secuencia del Paleolítico superior. Por último, un fragmento de diáfisis de ave, naturalmente tubular, fue hallado en La Garma A, completando la muestra de materias animales. El porcentaje restante se compone de 11 abalorios de yeso hallados en los niveles auriñacienses de El Arco B, El Pendo y La Garma A (Cantabria), siendo los de ésta última atribuibles a la tipología *basket-shaped* (en forma de cesta), abundante en el registro franco-pirenaico (Álvarez Fernández, 2006: 213).

En el Levante peninsular las tendencias varían notablemente, asemejándose más a los tipos mediterráneos de la costa griega e italiana. En esta área predominan de forma casi exclusiva los ornamentos fabricados sobre conchas de gasterópodos típicamente mediterráneos, destacando también los caninos de lince (Álvarez Fernández y Jöris, 2007). A su vez, aparecen de forma casi residual algunos bivalvos como *Glycymeris* sp., y escafópodos como *Antalis* sp. en sitios de todo el Mediterráneo, como Cova Foradada y Beneito (C. Valenciana), Arbreda (Girona), Riparo Mochi o Fumane (Italia) (Vanhaeren y

d'Errico, 2006). En este último yacimiento, la especie predominante es *Homalopoma sanguineum* (Linnaeus, 1758), un gasterópodo de un intenso color rojo, utilizado como ornamento personal durante el Auriñaciense a lo largo de toda esta área geográfica; en yacimientos españoles como Abric Romaní (Barcelona) o Arbreda; franceses como Castanet; italianos como Castelcivita; o griegos, como Klissoura 1. El uso prolongado de este molusco, no solo en el Auriñaciense, sino –como iremos viendo– durante todo el Paleolítico superior, ha sugerido su asignación como elemento cultural compartido en el sur de Europa (Peresani et al., 2019: 78). Probablemente *H. sanguineum* estuvo investido de algún significado arraigado en la mentalidad colectiva, que en la actualidad no podemos conocer; pero que seguramente estaría relacionado con su vistoso color rojo. Cabe mencionar, en última instancia, la presencia de conchas perforadas del gasterópodo *Theodoxus fluviatilis* (Linnaeus, 1758) en yacimientos como Cova Beneito, Foradada, Klissoura o Fumane; lo que confirma el aprovechamiento ornamental de especies fluviales (Álvarez Fernández y Jöris, 2007: 38).

En Francia y todo Centroeuropa el material más utilizado para la confección de ornamentos en este momento, es el marfil de mamut (White, 1993; Álvarez Fernández y Jöris, 2007), ampliamente representado en el registro en forma de cuentas, placas perforadas, figurillas, etc. En el suroeste francés este material, junto al hueso, asta y ciertos minerales blandos (esteatita, lignito, clorita, talco…); se destinó a la confección de cuentas *basket-shaped*. Estos abalorios se fabricaban en serie a partir de núcleos cilíndricos que seccionaban, dando lugar a piezas de pequeño tamaño que, una vez pulidas y perforadas, podían emplearse como objetos de adorno (White, 1993: 281-282). Pese a la presencia masiva de cuentas de marfil, un tercio de los adornos documentados en esta área se corresponden con conchas de origen atlántico, destacando el gasterópodo *L. obtusata* (Vanhaeren y d'Errico, 2006). Respecto a los ornamentos de dientes, la tipología más representada son los caninos de zorro perforados, tendencia que se repite a su vez en Centroeuropa; si bien en Francia también se emplean caninos de depredadores de tamaño medio-grande como el lobo o el león, así como caninos atróficos de ciervo (Álvarez Fernández y Jöris, 2007: 39).

Un caso destacable del Auriñaciense francés es la cueva de Isturitz, no sólo por la cantidad de ornamentos documentados, sino por la variedad de materiales y la presencia de todas las fases de la *chaîne operatoire,* que ha permitido la reconstrucción del proceso técnico utilizado para fabricar los objetos (White y Normand, 2015: 140). En Isturitz han

sido recuperadas las cuentas de ámbar de mayor antigüedad hasta el momento y, junto a las de Gatzarria, las únicas adscritas al Auriñaciense. Por otra parte, en este mismo contexto también se recuperó un diente humano perforado, similar a los que han sido documentados en otros yacimientos contemporáneos como Combe, Brassempouy o Tarté (Aquitania) (White y Normand, 2015); que sugeriría su posible condición de reliquia familiar o personal, dentro del compendio funcional previamente tratado.

En el interior del continente europeo las tendencias varían en cierta medida: el marfil sigue siendo la materia prima más utilizada, no obstante, las conchas desaparecen prácticamente del registro desde Bélgica hasta Rusia (White, 1993: 280). Los ornamentos de dientes siguen el modelo francés, predominando los caninos de zorro y depredadores grandes como hiena u oso; si bien, los caninos atróficos de ciervo, aunque presentes en Bélgica, desaparecen en todo Centroeuropa; salvo excepciones como los yacimientos suabos de Hohle Fels o Vogelherd (Vanhaeren y d'Errico, 2006). La tipología *basket-shaped*, por su parte, desaparece fuera de Francia, fabricándose cuentas de hueso, marfil o rocas blandas de formas más alargadas y cilíndricas, o con doble perforación; como las documentadas en Geißenklösterle, también en Suabia (White, 1993: 283). Por último, cabe destacar la particular abundancia de cuentas fabricadas con fósiles en Francia y el interior del continente, en sitios como Willendorf (Austria), Potočka zijalka (Eslovenia), Istállós-kő (Hungría), Blanchard o La Ferrasie (Francia). Los tipos más representativos son los amonites, belemnites, y escafópodos fósiles, aunque también se documentan algunos dientes de tiburón y erizos de mar (Álvarez Fernández y Jöris, 2007: 39-40).

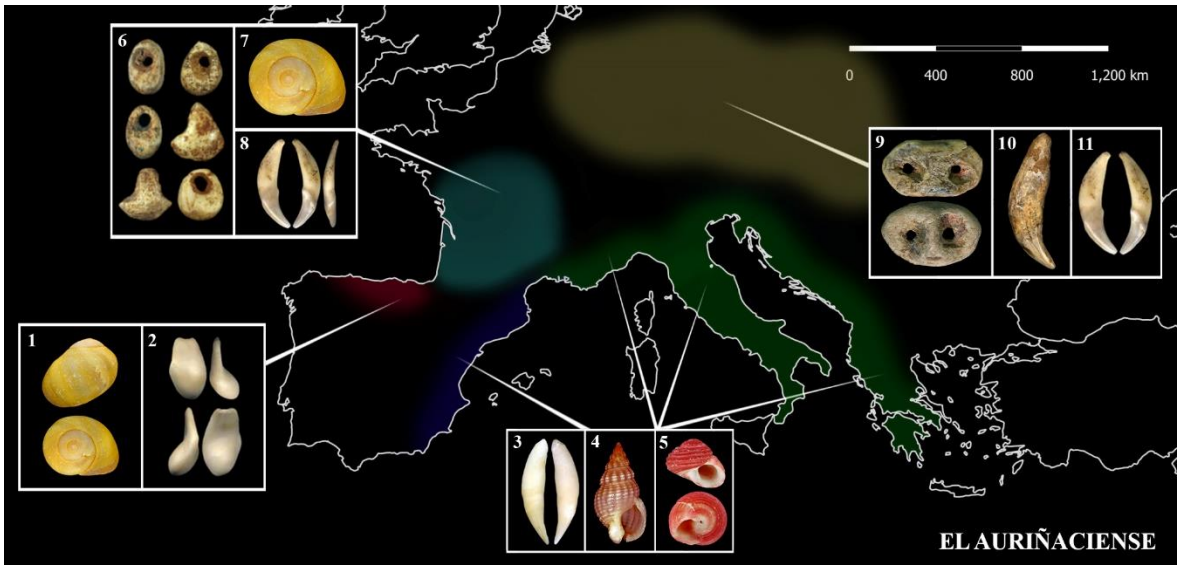

Figura 2: Ornamentos predominantes en cada área geográfica. 1, 7. L. obtusata; 2. Caninos atróficos de ciervo; 3. Caninos de lince; 4. Tritia sp.*; 5. H. sanguineum; 6. Cuentas basket-shaped; 8, 11. Caninos de zorro; 10. Canino de oso (Elab. propia).*

En definitiva, durante el Auriñaciense presenciamos una fuerte proliferación de expresiones simbólicas a manos –ya de forma indiscutible– de *H. sapiens*; cuya manufactura de ornamentos personales, pese a seguir unas líneas más o menos generales en cuanto a materiales y procedimientos técnicos, da cabida a los primeros procesos de regionalización a escala europea. Entre los ornamentos de conchas, dientes y otros materiales de origen animal, se observa una tendencia hacia la selección de especies de escaso valor alimenticio, o que no figuran en los registros faunísticos como parte de la dieta de los cazadores-recolectores auriñacienses; lo que sugiere una selección deliberada en base a criterios culturales e ideológicos. En general, las materias primas se obtuvieron de fuentes y especies locales, siendo buen ejemplo el mencionado ámbar de Isturitz; de modo que aún no se percibe la intensa circulación de productos que acontece en etapas posteriores, si bien la transmisión de ideas y poblaciones está vigente, a juzgar por la uniformidad del registro en zonas tan amplias como, por ejemplo, la costa Mediterránea.

3.4. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL GRAVETIENSE

El inicio del Gravetiense hace 34 ka se vincula con la difusión cultural de ideas y con movimientos poblacionales provenientes del este –el llamado grupo *Věstonice*– que ocuparon Europa junto a los cazadores recolectores autóctonos–el grupo *Fournol*– (Orlando, 2023: 41) a partir de, aproximadamente, 34 ka. El deterioro climático fue desplazando progresivamente a las poblaciones humanas hacia el sur, ocupándose zonas hasta entonces marginales como Portugal. Es en éste momento cuando se desarrollan en Europa Central los grandes campamentos al aire libre, con su paralelo peninsular en casos como Irikaitz o Agirremendi; así como el fenómeno funerario, multiplicándose los hallazgos de enterramientos asociados al periodo; que, en numerosos casos, incluyen ornamentos personales, lo que le da una nueva dimensión a su estudio. En términos generales, la cantidad de yacimientos adscritos al Gravetiense es significativamente superior al registro del periodo anterior; lo que se ha interpretado como un posible crecimiento demográfico, aunque también puede vincularse con problemas tafonómicos.

En la región cantábrica, el material predominante en la manufactura de ornamentos, los dientes de mamíferos; bascula en favor de las conchas, lo que sugiere un acercamiento de las poblaciones a los entornos inmediatamente costeros. Más del 80% de los elementos documentados se corresponden con conchas de gasterópodos atlánticos, destacando *L. obtusata* y *Trivia* sp.; si bien, también aparecen puntualmente escafópodos y bivalvos, como la concha de la familia *Cardiidae* de Cueva Morín (Álvarez Fernández y Avezuela, 2013:

596). Uno de los gasterópodos perforados, rescatado de Bolinkoba (Bizkaia), pertenece a la especie *Luria lurida* (Linnaeus, 1785), exclusivamente mediterránea; indicativo de la existencia ya en época gravetiense de contactos e intercambios a media y larga distancia con grupos del Levante (Álvarez Fernández, 2006). Entre los elementos de adorno fabricados sobre dientes de mamíferos, siguen predominando los caninos atróficos de ciervo, no obstante, cabe mencionar la presencia de incisivos de ciervo perforados; así como de caninos de zorro, cuyo número aumenta notablemente respecto al Auriñaciense, probablemente por influencia de los tipos franceses y centroeuropeos. Como objeto particular, también es destacable el canino perforado de foca hallado en La Garma A; siendo además la evidencia más antigua de *Phoca* sp. en el Cantábrico (Álvarez Fernández, 2011: 336). El resto del registro cantábrico se reduce a escasas cuentas de hueso, mineral asta y marfil procedentes de Bolinkoba, Antoliña (Bizkaia), La Garma A, Morín (Cantabria) y Aitzbitarte III (Guipúzcoa) (Álvarez Fernández y Avezuela, 2013).

En Portugal, el inicio del Paleolítico superior ocurrió durante el Gravetiense, presentando un registro de ornamentos personales heterogéneo en función del área geográfica, pero atendiendo a modelos ya existentes en la península. Los ornamentos manufacturados en los yacimientos de la Estremadura portuguesa presentan un cierto dominio de los dientes de mamíferos, especialmente caninos atróficos de ciervo; mientras que aquellos ubicados en torno al Cabo San Vicente, destacando Vale Boi, cuentan con un registro bastante similar al de yacimientos del Mediterráneo Ibérico como Nerja, Parpalló o Les Cendres (Marreiros et al, 2012: 98). En Vale Boi más del 90% de los ornamentos documentados se corresponden con conchas de gasterópodos perforadas, asignables a *Littorina* sp.; completándose el registro con un ejemplar del escafópodo *Antalis* sp., el gasterópodo fluvial *T. fluviatilis* y un canino atrófico.

En la Estremadura portuguesa merece especial mención el yacimiento de Lagar Velho, pues cuenta con un enterramiento infantil asociado a un ajuar funerario con ornamentos personales. El niño inhumado apareció junto a 4 caninos de ciervo y 2 conchas de *L. obtusata*, una de las cuales se halló *in situ* sobre los huesos, lo que confirma la asociación cuerpo-ornamentos. Se ha especulado la función de estos elementos como materialización visual de la integración del individuo en una red social, probablemente de parentesco (Vanhaeren y d'Errico, 2002: 186); si bien la interpretación a nivel morfológico del niño como un posible híbrido neandertal-sapiens ha dado pie a diferentes debates e interpretaciones.

En el levante peninsular el registro presenta clara continuidad respecto al periodo anterior, con predominio de ornamentos en conchas mediterráneas y, en menor medida, caninos perforados de lince; no obstante, los gasterópodos –principalmente *Zonaria pyrum* (Gmelin, 1791)– quedan en este caso relegados por escafópodos como *Antalis* sp., más abundantes tanto en cantidad como en número de yacimientos representados (Álvarez Fernández y Avezuela, 2012: 599). A su vez, aparecen los caninos atróficos de ciervo, menos abundantes que los de lince; y se documenta, al igual que durante el Auriñaciense, la manufactura de ornamentos con conchas de *T. fluviatilis.*

En el Mediterráneo central se produce una fuerte diversificación de los tipos y materiales respecto al periodo anterior. Por una parte, las conchas siguen siendo el material más utilizado, documentándose sólo en Italia en torno a 20 especies distintas de gasterópodos y bivalvos marinos (Vanhaeren y d'Errico, 2002: 180). Destaca la presencia de *Tritia* sp. y, de nuevo, de *H. sanguineum*; en yacimientos como Riparo Mochi y Grotta de la Serratura (Italia) o las cuevas Boila y Ulithi (Grecia) (Peresani et al, 2019). El caso italiano es, con toda seguridad, el más rico y diverso de esta área geográfica, pues, además de contar con los modelos típicamente mediterráneos, presenta cuentas de marfil asociadas a enterramientos humanos. Arene Candide y Barma Grande, ambos en Liguria, son los dos yacimientos más representativos en este aspecto. Tres individuos enterrados en la tumba II de Barma Grande portaban, junto a ornamentos perforados de concha, diente y vértebras de salmónido; cuentas de marfil de mamut adscritas a las tipologías "claviforme" (Fig. 3.1) y "de doble oliva" (Fig. 3.2) (Malerba y Giacobini, 2014: 311-312). En la tumba de "Il Principe" de Arene Candide también se documentaron cuentas de tipo claviforme (Pettitt et al, 2011: 15). La similitud entre éstos modelos y los típicos del sur de Alemania, sumado a la práctica ausencia de mamut en el registro faunístico italiano; son indicativos de la existencia de redes de intercambio entre estas dos áreas, sugiriendo además el valor simbólico, exótico o de prestigio que podría tener el marfil, al hallarse en contextos funerarios junto a ajuares realmente ostentosos.

Los ornamentos del Gravetiense francés presentan bastantes similitudes con los centroeuropeos, si bien, tanto unos como otros guardan sus particularidades regionales, especialmente en lo referente a la tipología más abundante, las cuentas de marfil. En el suroeste francés aparecen menos conchas perforadas que durante el Auriñaciense, sin embargo, las especies empleadas son similares; mientras que entre los ornamentos manufacturados con dientes, siguen predominando los caninos de zorro. A su vez, también

se utilizan incisivos de bovinos y caninos atróficos de ciervo; si bien, el uso de éstos últimos decae proporcionalmente a la proximidad con Centroeuropa (Cattelain, 2012: 14-15). En el interior continental se mantiene la escasa presencia de conchas perforadas en el registro; así como la fuerte tendencia hacia el uso de dientes de carnívoros como ornamentos. En Pavlov I (Rep. Checa) se hallaron más de 800 objetos de adorno, de los cuales 378 fueron elaborados con dientes de carnívoro, predominando el zorro; aunque con una importante representación del lobo y otras especies como oso, león de las cavernas o carcayú. Este sesgo se percibe en otros yacimientos como Dolní Věstonice I y II (Rep. Checa) o Kraków Spadzista (Polonia), indicativo de un consumo reiterado de carnívoros por parte de estos grupos gravetienses; no sólo para manufacturar cuentas y prendas, sino también como parte de su dieta (Wojtal et al, 2020: 7-12).

Los ornamentos más característicos del Gravetiense francés y centroeuropeo son los fabricados con marfil de mamut, si bien las tipologías cambian ligeramente respecto al periodo anterior. Frente al predominio, durante el Auriñaciense, de las cuentas *basket-shaped* en Francia, y de las cuentas alargadas y de doble perforación en Alemania; en el registro gravetiense se observa un predominio generalizado de las cuentas "en forma de lágrima" (Fig. 3.3). Esta tipología tuvo su origen en el suroeste alemán, concretamente en el triángulo Hohle Fels–Brillenhöhle–Geißenklösterle (Conard y Moreau, 2004) y se expandió por Centroeuropa durante el Gravetiense, documentándose en yacimientos tan diversos geográficamente como Abri Pataud (Francia), Obere Klause (Bavaria), Mamutowa (Polonia), Dolní Věstonice (Rep. Checa) o Mizyn (Ucrania); presentando ligeras variaciones regionales en cada contexto (Vercoutère y Wolf, 2018: 386).

A su vez, existen varias particularidades regionales entre los ornamentos de marfil, como las cuentas rectangulares (Fig. 3.5) del Gravetiense final de Abri Pataud, muchas de ellas asociadas a un enterramiento (Vercoutère et al, 2011: 261); o las curiosas cuentas en forma de busto femenino (Fig. 3.4) de Dolní Věstonice I. Éstas últimas tienen especial interés, ya que ciertos especialistas (Lázničková-Galetová, 2019) relacionaron su morfología con la de las típicas venus gravetienses, presentes en todo el registro centroeuropeo; en base a las convenciones exageradas de los atributos femeninos y su posible vinculación con la fertilidad. Estas venus, al no ser consideradas ornamentos, no se han incluido en este estudio; no obstante, la presencia de algún ejemplar perforado (Fig. 3.6) en yacimientos como Mal'ta (Siberia) puede dar pie a nuevas interpretaciones al respecto (Cattelain, 2012).

Figura 3: 1. Cuenta claviforme (Barma Grande); 2. Cuentas de doble oliva (Barma Grande); 3. Cuentas en forma de lágrima (Abri Pataud); 4. Cuentas de busto femenino (Dolní Věstonice I); 5. Cuenta rectangular (Abri Pataud); 6. Venus perforada (Mal'ta). (Malerba y Giacobini, 2014; Vercoutère y Wolf, 2018; Lázničková-Galetová, 2019; Vercoutère et al, 2011; Cattelain, 2012).

Por último, los ornamentos elaborados sobre soportes minerales (rocas blandas) son proporcionalmente escasos en todo el interior europeo, aunque suficientes como para distinguir una preferencia por las cuentas circulares con perforaciones en los extremos en el registro francés; frente a la abundancia de pequeños guijarros planos y placas perforadas en la Europa más central (Moravia) (Cârciumaru et al, 2016: 36). A su vez, se reporta el uso de fósiles como ornamentos de forma muy residual, destacando los hallados en yacimientos como Gargas, en el Alto Pirineo francés; probablemente procedentes de los afloramientos miocenos de Aquitania (San Juan y Foucher, 2010: 32).

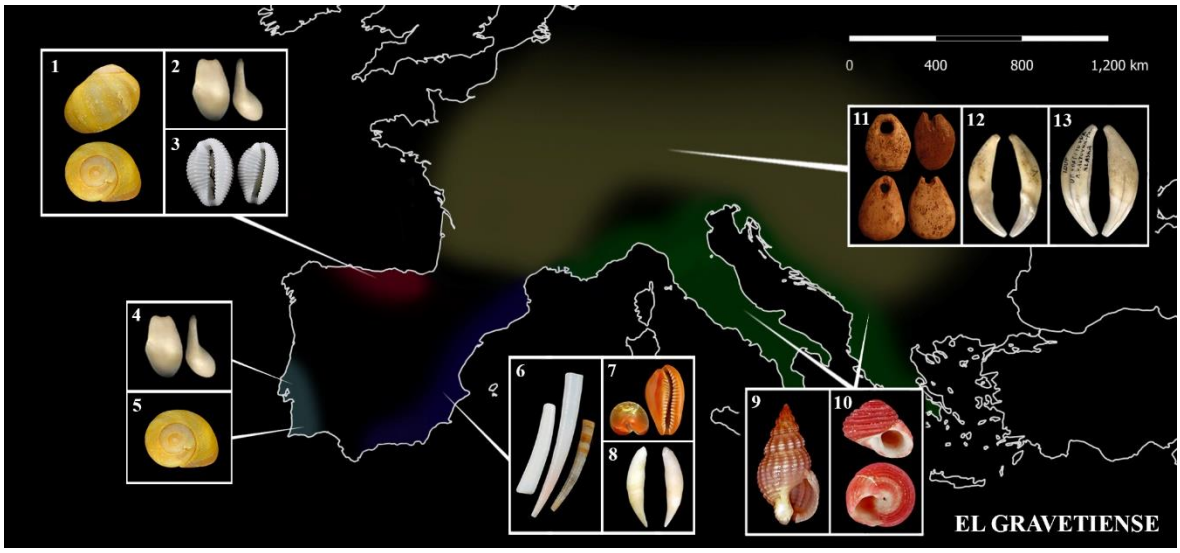

Figura 4: Ornamentos predominantes en cada área geográfica. 1, 5. L. obtusata; 2, 4. Caninos atróficos de ciervo; 3. Trivia sp.*; 6. Antalis* sp.*; 7. Zonaria pyrum; 8. Caninos de lince; 9. Tritia* sp.*; 10. H. sanguineum; 11. Cuentas en forma de lágrima; 12. Caninos de zorro; 13. Caninos de lobo. (Elab. propia).*

A grandes rasgos, el registro de ornamentos del Gravetiense presenta un claro continuismo respecto a las tendencias del Auriñaciense, especialmente en lo referido a las materias primas; si bien es cierto que se producen algunas oscilaciones, como la decantación por el uso de conchas en el Gravetiense cantábrico frente al predominio de los caninos

atróficos de ciervo del periodo anterior. La aparición de ornamentos en la zona portuguesa también supone una novedad respecto del Auriñaciense. En el Mediterráneo continúa el predominio de conchas perforadas autóctonas, al igual que sucede en Centroeuropa y Francia con las cuentas de marfil y los caninos perforados de carnívoros. Pese a que el registro Centroeuropeo presenta una fuerte homogeneidad en sus tipologías, se distinguen a su vez estilos regionales, especialmente perceptibles al analizar los ornamentos de marfil.

3.5. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL SOLUTRENSE

El Solutrense (en torno a 25-21 ka) coincide con el último máximo glacial, periodo extremadamente frío que conllevó la expansión de los glaciares y de la banquisa ártica, y el desarrollo de climas periglaciares y esteparios en el sur de Europa. Esto afectó notablemente a los grupos paleolíticos, que abandonaron las áreas más septentrionales, reduciéndose el poblamiento a la península Ibérica, Italia, la mitad sur de Francia y la península balcánica. La compartimentación del territorio causada por el deterioro climático supuso la interrupción de los contactos a larga distancia y el desarrollo de conductas mucho más regionalizadas que en el periodo anterior; perceptibles en aspectos como la industria lítica, las representaciones gráficas de tipo parietal y mobiliar, o los ornamentos personales. A nivel europeo, se produjo una pronunciada división tecno-cultural, surgiendo en Francia y la península Ibérica el Solutrense; mientras en Italia y Europa del Este se desarrollaron las culturas epigravetienses hasta inicios del Holoceno (Cattelain, 2012: 17).

En lo que respecta a los ornamentos personales, el registro del Solutrense cantábrico recupera el predominio de los caninos atróficos de ciervo; seguidos muy de cerca por las conchas atlánticas con una, dos o incluso tres perforaciones. Los ornamentos de conchas se manufacturaron mayoritariamente con gasterópodos, destacando la presencia de *L. obtusata*, aunque también es importante la presencia de escafópodos en el registro, especialmente a partir del uso de *Antalis* sp. Junto a los caninos de ciervo, también se documenta el uso de dientes de otras especies como bovinos, cabras, zorros, lobos, leones o delfines; aunque de forma muy testimonial. Estos dientes son a menudo decorados con incisiones paralelas, que serán cada vez más recurrentes hasta su apogeo en el Magdaleniense. Por otra parte, es característico el incremento de ornamentos fabricados en hueso, algo claramente distintivo del periodo solutrense con respecto al Auriñaciense y Gravetiense (Avezuela y Álvarez Fernández, 2013: 324). Estos ornamentos responden a tipologías y especies muy diversas, desde diáfisis de ave hasta vértebras de pez o huesecillos de pequeños mamíferos. Terminando con las materias primas animales, se documentan tres ornamentos de marfil de

Elephas sp., y seis de asta o cuerna de bovino; uno de los cuales se corresponde con la llamada "Venus de El Pendo" (Fig. 5.1); cuya morfología ha suscitado cierto debate en cuanto a su atribución como ornamento o como bastón de mando (Álvarez Fernández, 2006: 267). Los ornamentos elaborados con minerales son escasos, aunque de nuevo, más abundantes que en periodos anteriores, destacando el uso de materias primas como el lignito, azabache, ámbar, y diversos fósiles.

El registro portugués se caracteriza por su continuidad con el Gravetiense, y por tanto con un predominio absoluto de conchas perforadas de *Littorina* sp., seguidos muy de lejos por algunos escafópodos y gasterópodos fluviales; mientras que los dientes de ciervo, si bien numéricamente más abundantes que en el periodo anterior, siguen siendo muy inferiores en proporción (Tatá dos Anjos, 2011). El yacimiento más representativo en materia de ornamentos es, de nuevo, Vale Boi (Algarve); aunque el más diverso en lo referente a sus tipos, es Caldeirão (Portugal Centro). Este contexto presenta elementos ornamentales afines al resto del registro portugués, así como 13 falanges de ciervo perforadas; únicas en esta cronología y área geográfica (Chauvière, 2002).

En el Solutrense del Levante peninsular, el número de ornamentos documentados se incrementa notablemente respecto del periodo anterior, con más de 3000 ejemplares, ante los poco más de 150 adscritos al Gravetiense (Avezuela y Álvarez Fernández, 2013: 327). Los modelos propios de las fases anteriores se plasman de nuevo en el registro levantino, aunque de una forma mucho más acentuada, donde la presencia de dientes perforados es insignificante (< 0,1%) frente a un predominio masivo de los ornamentos de concha. Pese a que la muestra es extremadamente diversa en lo referido a los taxones representados, se aprecian ciertos patrones en la elección de las conchas. En los yacimientos más meridionales como Nerja (Málaga), Cueva Ambrosio (Almería) o Abrigo de la Boja (Murcia), especies atlánticas como *L. obtusata* son relativamente abundantes (Lozano-Francisco et al, 2004); debido posiblemente a la presencia de contactos entre poblaciones e intercambios. Por su parte, este taxón está menos presente entre los contextos localizados más al norte, como Parpalló (Valencia) y l'Arbreda (Cataluña). Las especies mediterráneas utilizadas como materia prima son muy variadas, predominando unas u otras regionalmente. En líneas generales, emplearon tanto gasterópodos como bivalvos y escafópodos en la confección de ornamentos; destacando *Antalis* sp., abundante en todos los yacimientos levantinos; así como *Pecten* sp., *Tritia* sp., *Nucella lapillus* (Linnaeus, 1758) o el gasterópodo fluvial *T. fluviatilis* (Avezuela y Álvarez Fernández, 2013; Martínez Andreu, 2007; Soler Mayor, 2015).

El caso catalán requiere un acercamiento especial, puesto que sólo el yacimiento de Reclau Viver, en Girona; contiene la mayor acumulación de ornamentos personales del paleolítico peninsular. En este contexto se hallaron más de 2000 conchas de *H. sanguineum*, especie ausente en yacimientos de Valencia, Murcia o Andalucía; lo que denota una fuerte carga simbólica en torno a este taxón; probablemente herencia del Gravetiense e incluso del Auriñaciense. Por otra parte, especies abundantes en todo el Levante, como *T. fluviatilis*, están ausentes en Cataluña; mientras otras, como *Antalis* sp., sí que comparten el modelo levantino (Avezuela y Álvarez Fernández, 2013: 327).

En Francia, los ornamentos documentados se corresponden principalmente con conchas y dientes de mamífero perforados, quedando el marfil relegado a un papel secundario por primera vez en ésta área. Entre los dientes perforados predominan los mismos taxones y modelos que en épocas anteriores, es decir, caninos de carnívoros como el zorro y, en menor medida, incisivos de bovino; si bien, éstos presentan decoraciones estriadas o ranuradas de forma mucho más reiterada (Peschaux, 2017: 122). Conchas atlánticas como *L. obtusata*, *Trivia monacha* (da Costa, 1778) o *N. lapillus* son también abundantes (Peschaux, 2012: 334), aunque en yacimientos como Abri Lachaud (Dordoña) se ven superadas por conchas fósiles del Mioceno. El uso recurrente de conchas fósiles en esta área y periodo, procedentes de depósitos paleontológicos aquitanos; podría deberse a razones ideológicas, por algún cambio en la mentalidad colectiva que otorgó un significado especial a estos elementos; o bien por la dificultad de acceso a conchas marinas a raíz del descenso en los contactos intergrupales u otros factores.

Frente a la homogeneidad y monotonía de los tipos en concha y diente; los cazadores recolectores del Solutrense francés desplegaron toda su creatividad a través de los ornamentos de marfil, considerados un marcador cultural de este periodo y área geográfica (Peschaux, 2012: 334). El trabajo del marfil se dedicó a la manufactura de todo tipo de piezas, como cuentas esféricas, perlas bilobuladas (Fig. 5.4) o placas perforadas; no obstante, los brazaletes decorados constituyen el elemento más distintivo del registro (Fig. 5.2-5.3). El área de dispersión de estos brazaletes se reduce al llamado "Grupo CDQ" (Peschaux, 2017), es decir, la zona de Charente, Dordoña y Quercy, en el suroeste francés; siendo representativos yacimientos como Fourneau du Diable, Placard o Combe Saunière. Los únicos objetos comparables a los brazaletes franceses son los documentados en yacimientos del epigravetiense de Ucrania, como Mezin (Fig. 5.5); con los que no comparte ningún tipo de conexión, por lo que sus desarrollos tuvieron lugar de forma autónoma (Cattelain, 2012:

18). La reducción en el uso de marfil está más probablemente relacionada con cambios ideológicos que con cambios en el acceso a las materias primas; ya que, es precisamente durante esta época cuando las condiciones climáticas fueron idóneas para el establecimiento de poblaciones de mamuts en las llanuras de Aquitania.

Figura 5: 1. Venus de El Pendo; 2-3. Brazaletes de marfil (Fourneau du Diable); 4. Perlas bilobuladas (Fourneau du Diable); 5. Brazalete de marfil (Mezin). (Peschaux, 2017; Cattelain, 2012)

En las culturas epigravetienses de Provenza e Italia se produce un vacío documental en lo relativo a ornamentos personales desde inicios del máximo glacial hasta el Dryas I (18,5-15,5 ka); en contraste con la abundancia de estos durante el Gravetiense. Dicho fenómeno puede asociarse con problemas tafonómicos que hayan sesgado el registro arqueológico, aunque más probablemente se deba a cambios en las prácticas simbólicas de los grupos que poblaban ésta área (Hoareau, 2020: 168). En la zona balcánica el volumen de ornamentos también decae sustancialmente durante el máximo glacial, no obstante, Bailey (2000) defiende un incremento en el uso de hematites como pintura corporal en detrimento de las cuentas tradicionales; a raíz de piezas teñidas de rojo y fragmentos de ocre rescatados de los niveles del epigravetiense antiguo de Temnata Dupka (Bulgaria). A pesar de que la evidencia para el caso balcánico no es muy consistente, el ocre ha sido involucrado en comportamientos simbólicos desde bien entrado el Paleolítico Medio, estando además asociado a ornamentos personales desde casos tan antiguos como el de las mencionadas conchas de Taforalt (Bouzouggar, 2007). La presencia de restos de pigmento rojo en ornamentos es, por tanto, habitual, ya sea por la coloración deliberada de éstos, por aparecer en contextos funerarios que pudieron ser espolvoreados con ocre, por el constante roce con prendas que pudieron estar teñidas, etc.

La llegada del Último Máximo Glacial supuso, en lo referente a los ornamentos personales, fuertes divergencias a nivel geográfico, percibiéndose tanto lugares con claro continuismo respecto al Gravetiense, como otros con una clara ruptura de los modelos previos o incluso con vacíos documentales. En el occidente europeo el número de evidencias documentadas aumentó sustancialmente desde el periodo anterior, si bien los taxones y

morfologías representados son herederos directos del Gravetiense; especialmente en la península Ibérica. El caso francés es peculiar, pues presenta una ruptura con el modelo tradicional, pasando el registro a estar dominado por los dientes de mamíferos perforados, y una inusual abundancia de conchas fósiles; frente al marfil, que, aunque inferior cuantitativamente, sigue siendo el principal marcador cultural. En toda el área adscrita al Solutrense se percibe un aumento en la decoración de los ornamentos, especialmente los dientes, mediante recurrentes incisiones paralelas; posible antesala de la explosión artística y figurativa que tuvo lugar en el Magdaleniense.

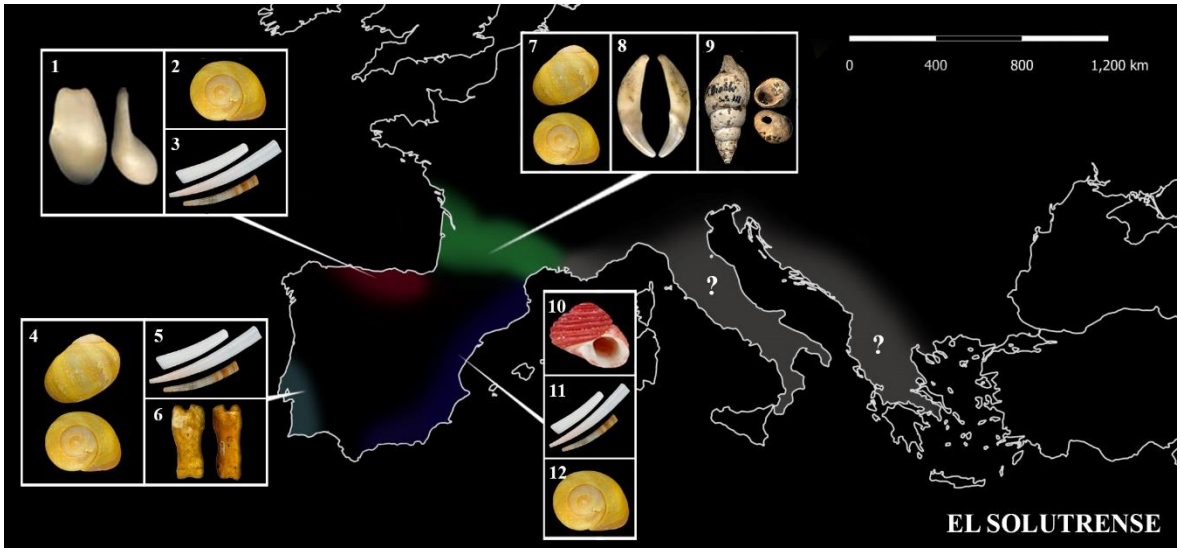

Figura 6: Ornamentos predominantes en cada área geográfica. 1. Caninos atróficos de ciervo; 2, 4, 7, 12. L. obtusata; 3, 5, 11. Antalis sp.*; 6. Falanges de ciervo; 8. Caninos de zorro; 9. Conchas fósiles; 10. H. sanguineum. (Elab. propia).*

3.6. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL MAGDALENIENSE

Tras el Solutrense (21 ka aprox.) se desarrolló en la península Ibérica, Francia y Centroeuropa un nuevo complejo tecno-cultural, el Magdaleniense; caracterizado por una primera fase de intenso frío, último aliento del Máximo Glacial, que fue posteriormente atemperándose en pos de inicios del Holoceno; si bien estuvo atravesado por varios episodios relativamente breves de enfriamiento conocidos como Dryas. En Italia y la península balcánica las culturas epigravetienses mantuvieron su evolución propia, experimentando a su vez variaciones a lo largo del tiempo en cuanto a sus industrias y preferencias artísticas. El Magdaleniense puede considerarse el periodo de mayor adaptación al modelo de sociedad cazadora-recolectora de todo el Paleolítico, diversificándose la subsistencia, alcanzando su punto álgido las relaciones intergrupales a corta, media y larga distancia; y desarrollando niveles de expresión artística y naturalismo pictórico sin precedentes. Esto se tradujo a su vez en el uso de ornamentos personales de forma mucho más intensificada, e introduciendo tipologías más variadas, elaboradas y decoradas.

En la península Ibérica aumenta notablemente la dispersión de los yacimientos con ornamentos personales, documentándose éstos por vez primera en el Valle del Ebro y el interior peninsular. En la franja cantábrica las conchas perforadas dominan definitivamente el registro, quedando los dientes relegados a un papel secundario, aunque aún con fuerte presencia. El gasterópodo *L. obtusata* sigue siendo el taxón más abundante, aunque seguido de cerca por otros moluscos como *Trivia* sp. o *Antalis* sp. (Álvarez Fernández, 2006: 287). El aspecto quizá más novedoso de la muestra malacológica es la relativa abundancia de taxones de origen mediterráneo, especialmente *H. sanguineum*, en contextos como Tito Bustillo (Asturias) o El Mirón (Cantabria) (Álvarez Fernández, 2002), y algunas conchas de las familias *Cyclope* y *Cypraeidae*. La aparición de *H. sanguineum* en yacimientos desde el Cantábrico hasta Alemania, se debe al profundo desarrollo de las relaciones e intercambios a larga distancia con los grupos de la costa mediterránea durante el Magdaleniense, siguiendo el Valle del Ebro en el caso cantábrico; y el eje Rin-Ródano para los contactos con Centroeuropa (Peresani et al, 2019: 79).

Entre los ornamentos manufacturados sobre dientes, los caninos de ciervo predominan con un amplio margen, no obstante, es destacable la abundancia de incisivos perforados de cabra y caballo. En este periodo prolifera la decoración de estos ornamentos a través de incisiones en forma de cruces, espigas o líneas paralelas (Cattelain, 2012: 19); documentándose además colgantes decorados con motivos figurativos naturalistas, como el canino de oso labrado en forma de ave (Fig. 7.2) rescatado en El Buxu (Asturias), o el diente de cachalote de Las Caldas (Asturias), grabado bifacialmente representando a un bisonte y un cetáceo (Fig. 7.1) (Álvarez Fernández, 2006: 344). Los ornamentos en asta siguen siendo escasos proporcionalmente, en su mayoría tratándose de azagayas reutilizadas perforadas en su bisel; mientras que los ornamentos en hueso aumentan cuantitativamente. El hueso se empleó mayoritariamente para manufacturar pequeños tubos a partir de diáfisis de mamíferos y aves; si bien, se documentan a su vez numerosas perlas cilíndricas perforadas, placas óseas (Fig. 7.5), bramaderas (Fig. 7.3) y falanges con frecuentes figuraciones; perfiles pisciformes (Fig. 7.4), y los característicos contornos recortados del Magdaleniense medio (Álvarez Fernández, 2006: 350-354).

Frente a las materias primas orgánicas, los ornamentos elaborados sobre minerales o fósiles están vagamente representados, aunque presentan una muestra muy diversa, sobre la que predominan los cantos rodados perforados sobre otros materiales como el azabache, hematites o goetita (Álvarez Fernández, 2006: 378).

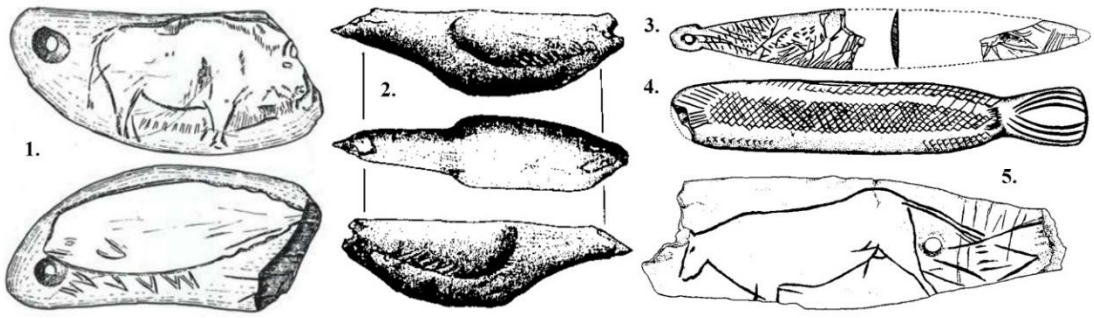

Figura 7: 1. Diente de cachalote perforado (Las Caldas); 2. Canino de oso labrado (El Buxu); 3. Bramadera (El Pendo); 4. Perfil pisciforme (El Pendo); 5. Placa ósea (Balmori). (Álvarez Fernández, 2006; Barandiarán, 1994)

En Portugal este periodo apenas introduce aspectos novedosos en el registro ornamental, aunque el taxón de concha más abundante hasta el momento, *L. obtusata*, se ve desplazado en la última fase del Magdaleniense por el gasterópodo fluvial *T. fluviatilis*; documentado especialmente en el yacimiento de Lapa dos Coelhos (Estremadura Portuguesa) (Almeida et al, 2004). Los dientes de mamíferos desaparecen completamente del registro, mientras que las falanges perforadas se documentan en sólo cuatro ejemplares rescatados de Caldeirão (Portugal Centro). La cronología magdaleniense de éstas es, no obstante, controvertida, ya que son similares a las documentadas en los niveles solutrenses del mismo yacimiento, por lo que podrían datar del periodo anterior (Chauvière, 2002).

El Levante peninsular presenta, a grandes rasgos, los mismos tipos ornamentales que en el Solutrense y Gravetiense; sin embargo, se perciben ciertas tendencias regionales que ya venían forjándose a lo largo del Paleolítico superior. En todo el registro están presentes conchas de especies como *Tritia* sp., *Pecten* sp. o *Antalis* sp.; si bien, este predominio generalizado se compagina con la fuerte presencia de *T. fluviatilis* en contextos concretos como Les Cendres (Alicante); o de *H. sanguineum* en yacimientos catalanes como Cova del Parco (Lleida). Por su parte, especies ausentes en todo el Levante suponen el taxón más abundante en lugares particulares, como ocurre en Nerja (Málaga), donde *N. lapillus* constituye más del 30% de la muestra (Lozano-Francisco et al, 2004). La dispersión de los ornamentos sobre dientes es, a su vez, muy desigual; habiendo zonas donde no se reporta su presencia, como Andalucía o Murcia, frente a otras (Cataluña y Valencia) donde, a pesar de ser estadísticamente insignificantes, aparecen en el registro. El único aspecto destacable en lo referido a los dientes es el cambio de tendencia que se produce durante el Magdaleniense, desapareciendo los habituales caninos de lince en favor de los caninos atróficos de ciervo (García-Argudo et al, 2019).

En el interior peninsular los ornamentos personales aparecen por primera vez durante el Magdaleniense, en contextos tanto meseteños como del Valle del Ebro. La cuenca de este

río ha actuado históricamente como nexo entre el Mediterráneo y el norte de la península, documentándose en sus yacimientos ornamentos característicos tanto de una vertiente como de la otra. En esta área predominan los tipos manufacturados sobre dientes de especies muy variadas, como ciervo, oso, zorro, lince, etc.; seguidos de los ornamentos de hueso, mayoritariamente hioides y falanges perforadas; y, en último lugar, conchas perforadas, tanto mediterráneas como atlánticas (Álvarez Fernández, 2006; Corchón Rodríguez, 2002). Por su parte, en el territorio de la Meseta destaca el yacimiento de Peña Estebanvela, en Segovia. Pese a estar a 220 kilómetros de la costa, el predominio en el registro de conchas tanto atlánticas como mediterráneas pone de relieve la existencia de redes de comunicación entre el interior y las zonas costeras (Avezuela, 2013). Cabe destacar, en última instancia, una garra de ave no perforada en el yacimiento caracense de Jarama II; que, de aceptarse como ornamento personal, supondría el único ejemplar de este tipo documentado en la península (Adán Álvarez, 1995).

El caso francés se caracteriza por una marcada continuidad –en lo referente a ornamentos– respecto al Solutrense, durante el Badegouliense (periodo de transición entre el Solutrense y el Magdaleniense francés) y el Magdaleniense inferior; con un registro dominado por conchas tanto contemporáneas como fósiles, principalmente *Littorina* sp. y *Antalis* sp. Pese a la superioridad cuantitativa de las conchas no fósiles, el registro no es homogéneo, habiendo contextos en los que aparecen únicamente conchas fósiles o en los que los dientes perforados son la tipología más abundante (Cattelain, 2012: 19). Los taxones representados en la muestra de dientes no difieren con los documentados en etapas anteriores. La verdadera renovación y explosión artística tuvo lugar durante el Magdaleniense medio (17,5-16,2 ka). El apogeo de la representación gráfica naturalista y el arte mueble tuvo su eco en el ámbito de la ornamentación, surgiendo nuevas tipologías como los contornos recortados o los rodetes, de los que se hablará a continuación. En cuanto a la muestra malacológica, aunque la preeminencia de *Littorina* sp. y los fósiles no varía, se diversifica notablemente el abanico de procedencia de las materias primas; documentándose conchas tanto atlánticas como mediterráneas, así como fósiles de los depósitos paleontológicos de Aquitania, Touraine o la cuenca de París. Los ornamentos de marfil mantuvieron cierta presencia, en forma de cuentas de diversas tipologías, habitualmente cubiertas de decoraciones lineales o geométricas (Cattelain, 2012: 19). Este material fue haciéndose más escaso conforme las poblaciones de mamuts fueron reduciéndose, hasta su completa desaparición de suelo centroeuropeo en torno a 14 ka, durante el Magdaleniense final (Stuart, 2002: 1561-1564).

Los dientes perforados conservaron su importancia durante el Magdaleniense medio, destacando los caninos de zorro frente a otros menos representados como los de lobo o ciervo (Cattelain, 2012: 19). Al igual que en el Cantábrico, la decoración de estos elementos con líneas paralelas, cruzadas o en ángulo es altamente recurrente. Merece especial atención el enterramiento de Saint-Germain-la-Rivière (Dordoña), ya que el ajuar asociado a la joven inhumada contaba con 61 caninos atróficos de ciervo, una cantidad inusitada para este contexto geográfico. Vanhaeren y d'Errico (2005) sugieren que estos dientes tendrían calidad de objeto exótico, probablemente de prestigio, ya que el ciervo está prácticamente ausente en el registro faunístico, ante un paisaje estepario dominado por manadas de renos y saigas; por lo que se habrían obtenido mediante redes de intercambio.

Aunque menos abundantes, los elementos que actúan como marcadores culturales de este periodo son los rodetes y los contornos recortados; ambos fabricados en hueso y presentando formas bastante estandarizadas, que hacen evidente la relación cultural que comparten pese a aparecen en distintas áreas geográficas. El origen de ambos tipos está en los yacimientos franceses de Pirineos, zona intensivamente repoblada tras el máximo glacial, pues era un lugar de paso para los grupos que se desplazaban del Périgord a la franja cantábrica; estando además atravesado por las rutas migratorias estacionales de los renos, lo que facilitó en gran medida la subsistencia (Schwendler, 2005). Los rodetes (Figs. 8.1-8.2) son piezas circulares de escaso grosor y con perforación central, generalmente manufacturados sobre escápulas de reno; aunque también aparecen algunos ejemplares de asta, marfil o mineral. Ésta morfología sugiere su uso como colgantes, botones o piezas bordadas a la ropa; mientras que, a nivel funcional, se los relaciona con elementos distintivos grupales o regionales. Schwendler (2005) por su parte, establece una diferenciación entre el uso dado a los rodetes o discos perforados en Pirineos y en el resto del mundo magdaleniense. El hecho de que los discos de contextos pirenaicos carezcan de decoración interior sugiere que dentro del área pirenaica éstos serían intercambiados y utilizados indistintamente del grupo de procedencia; mientras que fuera de Pirineos abundan las decoraciones radiales, figurativas, concéntricas, etc.; lo que denotaría una expresión de pertenencia a un grupo un carácter exótico.

Los contornos recortados (Figs. 8.3-8.6) son pequeñas piezas talladas sobre hioides de cérvidos o équidos, con representaciones naturalistas de –exclusivamente– cabras, rebecos o caballos, que aprovechan la morfología triangular de este hueso. A igual que los discos, son característicos y originarios del área pirenaica, aunque progresivamente han ido

apareciendo en contextos cantábricos como Tito Bustillo, la Galería Inferior de La Garma o Las Caldas (Álvarez Fernández, 2006: 355). La función social de los contornos es difícil de hipotetizar, y probablemente atienda a parámetros similares a los de los discos; aunque autores como Clottes (1996: 109) sugieren una posible función profiláctica vinculada a alejar a las enfermedades o los malos espíritus.

En Centroeuropa se produjo un repoblamiento tras el máximo glacial, que llevó aparejado el retorno de los ornamentos personales al registro arqueológico. La mayor concentración de éstos se percibe en el sector oeste, a razón de los contactos e intercambios con los grupos del Magdaleniense francés. La muestra malacológica está compuesta en su mayor parte por fósiles locales, de depósitos paleontológicos como Verlaine (Bélgica), los Cárpatos o la cuenca vienesa. Las numerosas conchas no fósiles documentadas son de origen mediterráneo, como *H. sanguineum* o *Tritia* sp.; lo que pone de relieve la red de contactos a larga distancia a través del eje Rin-Ródano (Álvarez Fernández, 2009: 46-47). Los incisivos de reno y –en menor medida– de bovino, fueron los dientes más utilizados en la confección de ornamentos; achacándose la presencia de caninos de ciervo a los contactos intergrupales. Los elementos manufacturados en otras materias de origen animal no pasan desapercibidos, destacando los huesos de renos y aves; así como puntuales elementos de marfil y asta. Finalmente, se utilizaron minerales locales de forma habitual para fabricar cuentas de diversas tipologías (cilíndricas, bicónicas, discoideas, esféricas…); siendo de especial interés las cuentas "Tipo Petersfels" (Fig. 8.7), por su aspecto femenino esquemático, propias del suroeste de Alemania (Álvarez Fernández, 2009: 48-50).

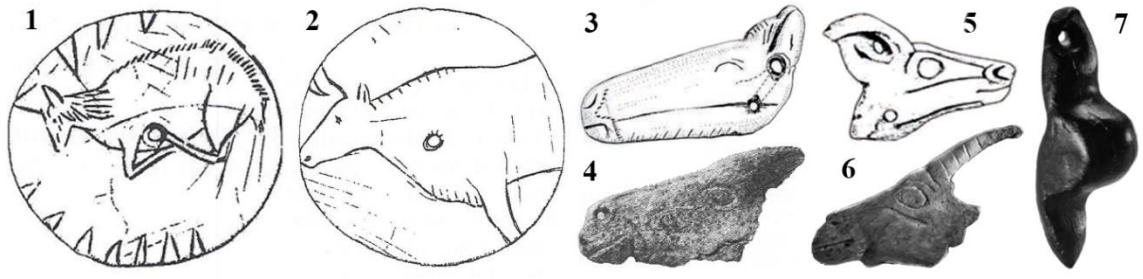

Figura 8: 1-2. Rodetes (Laugerie-Basse, Mas-d'Azil); 3-6. Contornos recortados (Arudy, La Viña, Labastide, La Garma); 7. Cuenta tipo Petersfels (Petersfels). (Schwendler, 2005; Cattelain, 2012; Álvarez Fernández, 2006, 2009).

Mientras en occidente y Centroeuropa se desarrollaban las distintas etapas del Magdaleniense, las penínsulas itálica y balcánica mantuvieron su desarrollo autónomo en continuación del complejo epigravetiense. La aparición de ornamentos en esta área tiene un carácter más esporádico e irregular, habiendo zonas como Lombardía, Emilia Romaña o Piamonte donde no se reporta ningún ejemplar; mientras que los focos con principal

concentración se ubican en el noreste, y a lo largo de la costa adriática hasta el Peloponeso. En todas las fases del Epigravetiense los ornamentos más abundantes son los manufacturados con conchas, no obstante, los tipos más recurrentes varían conforme nos acercamos al Holoceno. En torno al Dryas I la especie más utilizada para confeccionar ornamentos es el gasterópodo *Tritia* sp., acompañado de numerosos bivalvos como *Glycymeris* sp. y caninos atróficos de ciervo. Este conjunto se documenta únicamente en yacimientos de los Balcanes, como Vela Spila (Croacia), Badanj (Bosnia) o Mališina Stijena (Montenegro); a excepción de dos sitios italianos, Riparo Tagliente y Grotta del Romito (Hoareau, 2023: 245).

Tras el Interestadio del Tardiglaciar (14,8-13,1 ka) la distribución de los ornamentos se diversificó, apareciendo en yacimientos italianos tanto de la vertiente adriática como tirrena; en Liguria y en toda la costa adriática desde los Alpes hasta Montenegro. En esta etapa, *Columbella rustica* (Linnaeus, 1758) se convierte en el molusco más utilizado, si bien es destacable la importancia de los incisivos de ciervo y bovino, junto al gasterópodo fluvial *Lithoglyphus naticoides* (Pfeiffer, 1828) en el noreste italiano y los Balcanes. Durante el Dryas reciente las prácticas ornamentales tuvieron clara continuación respecto de las del interestadio, aunque con ciertas variaciones en el poblamiento. En Italia, el foco de yacimientos con ornamentos se desplazó a Liguria, siendo menos abundantes en el resto de la península; mientras en la costa occidental de los Balcanes sólo se reporta un yacimiento, Vlakno Cave, en Croacia. El taxón predominante sigue siendo *C. rustica*, documentada junto a otros como *L. naticoides*, *Antalis* sp. y caninos de ciervo; a excepción del mencionado yacimiento croata, donde la especie predominante es *Tritia* sp. (Hoareau, 2023: 248-250).

El Magdaleniense supuso la multiplicación de las expresiones simbólicas y artísticas entre las sociedades de cazadores-recolectores, cuyo foco puede emplazarse en la franja cantábrica y el Pirineo francés; extendiéndose por toda la península, Francia y Centroeuropa. Pese a que las materias primas no sufrieron innovaciones respecto a periodos anteriores, surgieron nuevos tipos –especialmente en hueso– afines a las convenciones y el naturalismo del arte mueble y rupestre; volviéndose sistemática la decoración de elementos que hasta entonces rara vez presentaban tratamientos elaborados, como los dientes. A su vez, se percibe la continuidad de ciertas tradiciones ornamentales muy arraigadas en el Paleolítico superior, como la frecuente utilización de marfil, fósiles y minerales en Francia y Centroeuropa; de conchas perforadas marinas y fluviales en Portugal, el Levante peninsular, Italia y los Balcanes; o de caninos atróficos de ciervo en el Cantábrico.

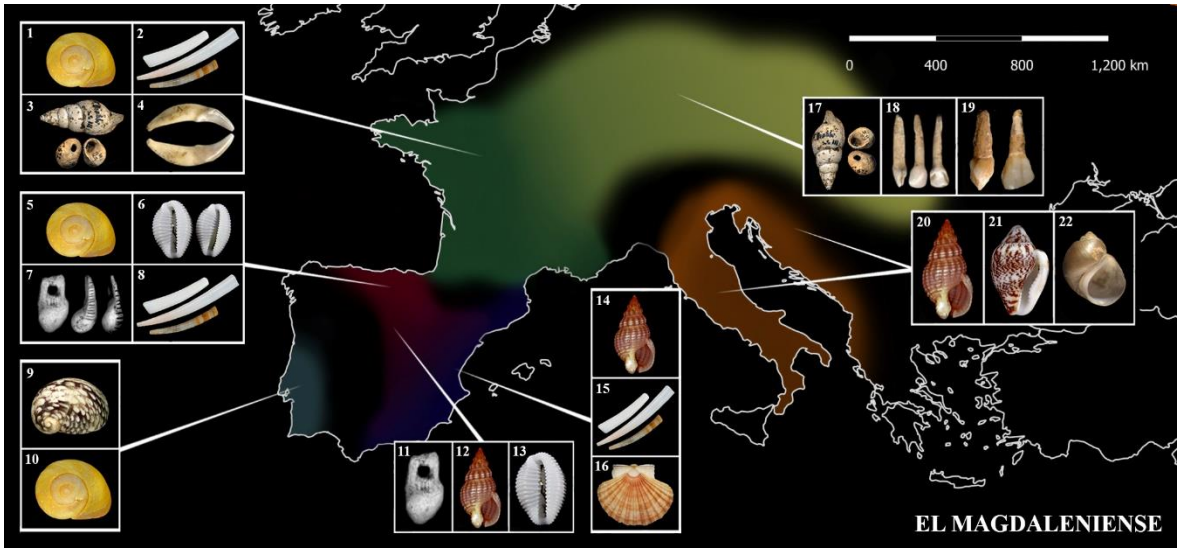

Figura 9: Ornamentos predominantes en cada área geográfica. 1, 5, 10. L. obtusata; 2, 8, 15. Antalis sp.*; 3, 17. Conchas fósiles; 4. Caninos de zorro; 6, 13. Trivia* sp.*; 7, 11. Caninos de ciervo a veces decorados; 9. T. fluviatilis; 12, 14, 20. Tritia* sp.*; 16. Pecten* sp.*; 18. Incisivos de reno; 19. Incisivos de bovino; 21. C. rustica; 22. L. naticoides (Elab. propia).*

3.7. LOS ORNAMENTOS PERSONALES DURANTE EL EPIPALEOLÍTICO Y MESOLÍTICO

Una vez concluido el Dryas reciente, la temperatura global continuó el ascenso emprendido tras el Interestadio del Tardiglaciar, dando inicio en torno a 11,7 ka al Holoceno; periodo geológico actual, caracterizado por la expansión de los bosques templados y la desaparición de la megafauna pleistocena. A nivel antrópico supuso la continuación de los patrones de asentamiento previos combinada con una menor movilidad y una intensificación en el aprovechamiento de los biomas costeros, que alcanzó su cénit durante el Mesolítico. Las representaciones gráficas experimentaron una marcada ruptura respecto al Magdaleniense, desapareciendo la abundancia y el naturalismo en favor de las convenciones esquemáticas y abstractas. Este cambio no afectó en gran medida a la producción de ornamentos personales, cuyas materias primas y tipologías persistieron; acentuándose, eso sí, las tendencias regionales preexistentes y la involucración de estos elementos en las prácticas funerarias; ante una sociedad cada vez más extensa y compleja. Los enterramientos documentados durante el Mesolítico europeo superan los 230, con más de 2000 individuos registrados (Grünberg, 2013: 232); de modo que los mayores depósitos de ornamentos ya no se hallan en contextos indeterminados o de habitación, sino asociados a las estructuras funerarias, ya fuese como ajuar o como objetos cotidianos.

Desde una perspectiva geográfica, en el Cantábrico tras el Magdaleniense final se desarrolló el complejo tecno-cultural Aziliense. El registro de ornamentos asociado a este periodo mantiene la preponderancia de los elementos de concha, no obstante, los caninos atróficos de ciervo recuperan su importancia, siendo la segunda tipología más común,

precedidos por *Trivia* sp. Es destacable el papel secundario de *L. obtusata*, pasando de ser el molusco más utilizado como ornamento durante todo el Paleolítico superior, a quedar relegado a escasos yacimientos, como Los Azules I (Asturias) o El Valle (Cantabria). En menor medida se documentan moluscos perforados de especies muy diversas –algunas mediterráneas– y colgantes manufacturados en asta, mineral o dientes de lobo, zorro, cabra y caballo (Álvarez Fernández, 2006: 421-426). Aunque escasos, son destacables los ornamentos elaborados sobre placas óseas rescatados en Cueva Morín, La Chora, Rascaño, San Juan o El Piélago (Cantabria); pues todos ellos presentan un motivo geométrico similar (González Sainz, 1982: 153), basado en líneas longitudinales cubiertas de pequeños trazos perpendiculares. Esta tipología puede corresponderse con algún tipo de distintivo grupal, sin embargo, su recurrente aparición en diversos contextos del suroeste europeo es posible indicativo de un significado ideológico más intrínseco y generalizado, confluyente con la corriente esquemática característica del Tardiglaciar (González Sainz, 1982: 159).

Durante el Mesolítico cantábrico la preferencia por los ornamentos en concha alcanza su punto álgido, quedando los caninos atróficos reducidos a casos testimoniales, y desapareciendo los tipos en hueso, asta o materias minerales. El taxón notablemente predominante es *Trivia* sp., seguido muy de lejos por *Tritia reticulata* (Linnaeus, 1758) (Álvarez Fernández, 2006: 445). Merece especial atención el yacimiento de Los Canes, en Asturias; pues el contexto funerario que presenta, evidencia la creciente conexión entre los ornamentos personales y el rito fúnebre. Asociados a la Tumba II se documentaron más de 60 ornamentos (mayoritariamente *Trivia* sp.) que probablemente estuvieron originalmente bordados a la capa de uno de los inhumados (Arias et al. 2009: 651).

En Portugal, las tendencias del Magdaleniense se reprodujeron durante el Epipaleolítico y el Mesolítico, aunque de forma mucho más acusada. La presencia de *Littorina* sp. se redujo a casos testimoniales, mientras que *T. fluviatilis* es la especie más utilizada para fabricar ornamentos, apareciendo por millares en contextos como Moita do Sebastião o Cabeço da Amoreira, en Muge, Portugal Central (André y Bicho, 2016). Esta región cuenta, junto al valle del Sado, con los concheros mesolíticos más grandes de la península Ibérica; ubicados al aire libre y con abundantes estructuras funerarias y de habitación. La mayor parte de los ornamentos personales registrados se asocian con estos enterramientos, como parte del ajuar o las posesiones de los inhumados. A parte de *T. fluviatilis*, también es destacable la presencia de otros gasterópodos, principalmente *Trivia* sp. En este caso –y como es habitual– el predominio de *T. fluviatilis* se vincula con una

mayor facilidad de acceso a este taxón, abundante en los ríos y arroyos de la zona (André y Bicho, 2016: 578). Finalmente, es reseñable que los únicos ornamentos del registro portugués elaborados con materias minerales (cuarzo y arcilla) se adscriben al Mesolítico; no obstante, su volumen se limita a unos pocos ejemplares.

En el Levante peninsular se percibe cierta ruptura entre los ornamentos adscritos al Epipaleolítico y al Mesolítico; así como notables fluctuaciones regionales en los tipos más comunes. Los dientes perforados desaparecen definitivamente del registro, constituido en su totalidad por conchas perforadas, a excepción de alguna cuenta de calcita del Epipaleolítico Microlaminar valenciano (Gutiérrez et al, 2018). Durante el Epipaleolítico los taxones predominantes no difieren sustancialmente de los documentados durante el Magdaleniense, destacando las familias *Tritia, Antalis* y *Pecten*; mientras en contextos concretos como Nerja (Málaga), el modelo general se pone en entredicho ante la abundante presencia de especies como los bivalvos *Cerastoderma edule* (Linnaeus, 1758) o *Acanthocardia tuberculata* (Linnaeus, 1758) (Lozano-Francisco, 2004); frente a la escasez de los tipos más habituales en el resto del registro. En el Mesolítico se produjo un cambio de tendencia encauzado con los modelos del resto de la Europa mediterránea, donde *C. rustica* se convirtió en el molusco más usado en la confección de ornamentos, junto a otros de larga tradición como *Tritia* sp. o *Glycymeris* sp. (Soler Mayor y Tortosa, 2021; Martínez-Moreno, Mora y Casanova, 2010).

El estudio de los ornamentos personales documentados durante el Mesolítico ha permitido reconstruir las redes sociales e intergrupales forjadas entre los cazadores-recolectores de la península. Publicaciones recientes (Cucart-Mora et al, 2022) demuestran que el grueso de las interacciones entre bandas se produjeron en un radio inferior a 300 km, reduciéndose las distancias progresivamente en consonancia con lo que parece ser una acentuación del proceso de regionalización entre el Mesolítico inicial y el tardío. La zona de mayor confluencia fue el Valle del Ebro, donde se documentan numerosos ornamentos personales de origen tanto atlántico (*Trivia* sp.) como mediterráneo (*C. rustica*) (Álvarez Fernández, 2006: 449).

En la costa mediterránea el Holoceno no introdujo ningún cambio sustancial, remarcándose las tendencias del Dryas reciente; mediante un claro predominio de ornamentos manufacturados con conchas de *C. rustica* en todo el área, acompañado de otras tipologías –siempre en segundo plano– como *Glycymeris* sp., *L. naticoides*, *Antalis* sp. o *Tritia* sp. (Hoareau, 2023: 250). Especies antes usadas asiduamente, como *H. sanguineum*, desaparecieron notablemente del registro (Pèrles, 2019: 199-200).

Este periodo supuso ciertos cambios en las tendencias ornamentales del área francesa, ya que la expansión del bosque introdujo variaciones en las especies presentes. Frente al continuado predominio de las conchas atlánticas y fósiles, aumentó el número de ornamentos con dientes de ciervo, especie hasta entonces muy escasamente representada en el registro faunístico en comparación con otras propias de climas más fríos, como el reno o el bisonte. Buen ejemplo es Aven des Iboussières, contexto funerario del que se recataron en torno a 200 caninos de ciervo perforados, junto a más de 1000 conchas de *Antalis* sp., entre otros elementos (d'Errico y Vanhaeren, 2002: 213). En torno al Epipaleolítico tardío–Mesolítico inicial se documentan varios enterramientos importantes en el sur y oeste de Francia, como los de La Vergne (cerca de 3300 ornamentos, mayoritariamente *Antalis* sp. y *Tritia* sp.) (Laporte y Dupont, 2019: 161) o La Madeleine. Éste último requiere especial atención, ya que presenta un enterramiento infantil con más de 1300 conchas de *Antalis* sp. asociadas, de un tamaño notablemente inferior al habitual en otros enterramientos de individuos adultos; lo que sugiere una miniaturización intencionada de los ornamentos infantiles. Este fenómeno no es particular de La Madeleine, pues se reporta en contextos contemporáneos como Grotte des Enfants (Liguria). Ambos suponen posibles indicativos de desigualdad social prematura, ya que es probable que la riqueza depositada en sus tumbas a tan temprana edad se debiera a la adquisición de un rango superior por vía hereditaria; aunque también podría asociarse a un status especial asignado a los niños en estas sociedades (Vanhaeren y d'Errico, 2003).

Durante el Mesolítico pleno, las tendencias no variaron sustancialmente, manteniéndose el predominio de los ornamentos en conchas de especies que fluctuaban en función de la cercanía a la fachada atlántica (*Trivia* sp. y *Tritia* sp.) o mediterránea (*C. rustica* y *Antalis* sp.) (Grünberg, 2013: 247). En este periodo se documentan los grandes contextos funerarios de la costa occidental francesa, como Téviec o Hoëdic, que han proporcionado miles de ornamentos de conchas variadas y otros materiales como dientes y hueso (Schulting, 1996).

El centro y norte de Europa es quizá el área geográfica donde mejor se aprecia la regionalización que las sociedades de cazadores-recolectores experimentaron durante el Mesolítico, surgiendo un complejo mosaico en lo referido a ornamentos. La tipología generalizadamente predominante son los incisivos de ciervo; sin embargo, en cada zona destaca la abundancia de ciertos materiales concretos. De esta manera, en Dinamarca, a parte de los dientes de ciervo, abundan los incisivos de corzo y jabalí; en Suecia, por su parte,

destacan los incisivos de alce; mientras en ciertas partes de Alemania y Polonia predominan los de uro. La excepción a la preponderancia del ciervo son los contextos del sureste Báltico, es decir, Letonia y Lituania; donde predominan los incisivos de jabalí y alce (Grünberg, 2013: 233-234). En menor medida, también están presentes en el registro los dientes de carnívoros –principalmente oso–, y colgantes de mineral o huesos como hioides de reno, astrágalos de castor o falanges de ciervo. Finalmente, en la zona comprendida entre el alto Danubio y las Puertas de Hierro (Rumanía), a lo largo del cauce del río, habitaron grupos mesolíticos cuyos ornamentos personales se compusieron principalmente de dientes faríngeos de carpa, materia nunca antes documentada para su transformación en ornamentos (Rigaud et al., 2013: 142; Grünberg, 2013: 246).

En definitiva, durante el Epipaleolítico y Mesolítico las sociedades de cazadores recolectores mantuvieron sus modelos de subsistencia, adaptándose –eso sí– al clima y la presión demográfica reduciendo su movilidad y desarrollando asentamientos prolongados o semipermanentes. A su vez proliferó el fenómeno funerario, de cuyos contextos proviene la mayoría de ornamentos personales. Se aprecia una mayor preocupación por la muerte y el trato de los difuntos, mediante comportamientos fúnebres, característicos, junto a los mencionados atisbos de jerarquización social, de sociedades más complejas que irán cristalizando y sedentarizándose con la llegada del Neolítico a partir del séptimo milenio a.C. Los ornamentos personales documentados varían relativamente respecto a los periodos inmediatamente anteriores, quizá a modo de respuesta cultural frente a cambios sociales e ideológicos acontecidos en cuanto a la percepción de la muerte y los modos de poblamiento. Pese a estas variaciones, el esquema general visto durante todo el Paleolítico superior se mantuvo: en la fachada atlántica y en la costa mediterránea predominaron los ornamentos de conchas, mientras en el centro y norte de Europa existió una inmutable preferencia por los dientes perforados.

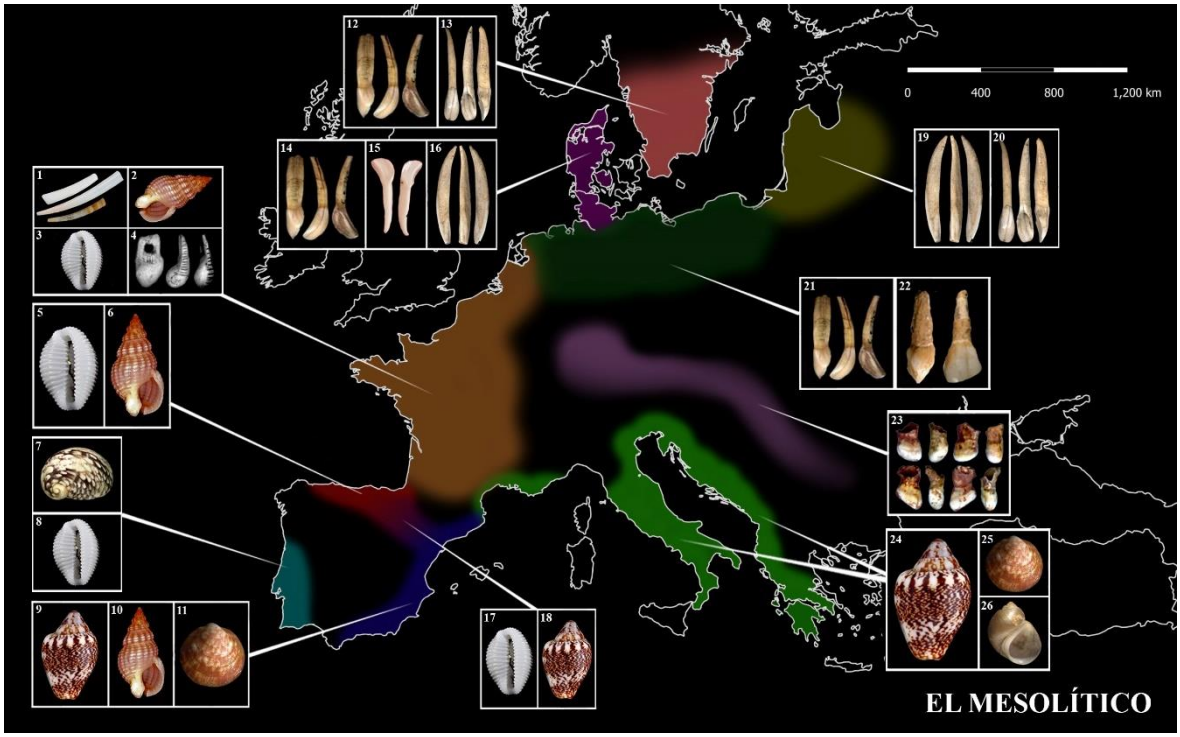

Figura 10: Ornamentos predominantes en cada área geográfica. 1. Antalis sp.*; 2, 6, 10. Tritia* sp.*; 3, 5, 8, 17. Trivia* sp.*; 4. Caninos de ciervo a veces decorados; 7. T. fluviatilis; 9, 18, 24. C. rustica; 11, 25. Pecten* sp.*; 12, 14, 21. Incisivos de ciervo; 13, 20. Incisivos de alce; 15. Incisivos de corzo; 16, 19. Incisivos de jabalí; 22. Incisivos de bovino; 23. Dientes faríngeos de carpa; 26. L. naticoides. (Elab. propia).*

4. CONCLUSIONES

La ornamentación personal ha constituido una cualidad identitaria de la humanidad desde hace más de cien mil años, y, como tal; la comunidad científica ha sabido aprovechar su potencial para indagar en aspectos como las relaciones sociales, etnicidad e identidad o preferencias estéticas de las sociedades de cazadores recolectores prehistóricas y contemporáneas. Frente a la clásica preferencia por los estudios sobre industria lítica, ósea y arte parietal; el análisis de los elementos ornamentales ha abierto nuevas puertas o enfoques metodológicos a los estudios de prehistoria, indagando sobre acciones tan humanas y mundanas como vestir un collar o un anillo, junto a las profundas connotaciones simbólicas que esto puede conllevar. En este trabajo se ha analizado el desarrollo de esta práctica simbólica focalizándola en el continente europeo y –especialmente– la península Ibérica, áreas enormemente ricas y estudiadas, con una particular evolución diacrónica en lo referido las tipologías y materiales.

La proliferación de los ornamentos en Europa durante el Paleolítico superior sentó las bases de unos modelos que, pese a su inabarcable diversidad, apenas variaron en lo sustancial a lo largo de 35.000 años. A grandes rasgos, de la evolución de los ornamentos se extrapola una preferencia general por las conchas en todo el frente atlántico y mediterráneo;

frente a un uso más asiduo de ornamentos de origen mamífero y mineral en el interior y norte de Europa. Estas predisposiciones se relacionan con la gama de materias primas de que dispondrían los grupos de cada región y época, ya que, por ejemplo, hasta el Tardiglaciar, la costa norte de Europa estaría cubierta por el manto fino-escandinavo, lo que limitaría el acceso a moluscos a aquellos obtenidos a través de intercambios con grupos más meridionales. Sin embargo, los modelos generales arraigados a inicios del Paleolítico superior pervivieron hasta las fases más tardías, percibiéndose la presencia de significados simbólicos imbuidos en piezas concretas, como los caninos atróficos de ciervo; o en colores, como el rojo de *H. sanguineum* o el amarillo de *L. obtusata*.

A modo de resumen de la evolución diacrónica, se infiere, para la fachada atlántica, en un predominio generalizado de *Littorina* sp. durante toda la primera mitad del Paleolítico superior; que fue cediendo en favor de otras como *Trivia* sp. o *T. fluviatilis* de cara al ocaso de las sociedades cazadoras-recolectoras. En el Mediterráneo, pese a las fluctuaciones en el volumen de ornamentos, existe un claro predominio de especies locales, principalmente *Tritia* sp. y *H. sanguineum*; que decaen frente a *C. rustica* tras el Interestadio del Tardiglaciar. Por último, en partes de Francia y en Centroeuropa, el predominio de las cuentas de marfil se debilita a lo largo del Paleolítico superior, en paralelo al enrarecimiento del material, hasta su total desaparición y reemplazo por los dientes de animales (zorro, oso, lobo, jabalí…) que, hasta entonces, habían estado en segundo plano.

En vista de que la inmensa mayoría de los ornamentos fueron manufacturados con materias de origen animal, es preciso analizar la vinculación entre la fauna utilizada como materia prima y la fauna consumida con fines nutricionales. Respecto a los moluscos, desde el Paleolítico medio se percibe una preferencia por especies no aptas para el consumo humano, generalmente por su escaso valor alimenticio; tendencia que se mantiene durante todo el Paleolítico y Mesolítico. Esta predisposición puede ajustarse a criterios estéticos o simbólicos, si bien, hay ciertas conchas con valor nutricional como *Pecten* sp. que sí fueron transformadas en ornamentos con cierta recurrencia. En cuanto a los dientes, las especies más aprovechadas en cada área geográfica suelen coincidir con la fauna local presente, aunque no necesariamente con las especies más consumidas a nivel de subsistencia. Es destacable –de nuevo– el valor que se atribuyó a los caninos atróficos de ciervo en el suroeste de Europa, hasta el punto de elaborarse imitaciones en piedra o marfil y ser objeto de intercambios con zonas donde el ciervo escaseaba.

Las técnicas de manufactura de los ornamentos se adaptaron en cada caso a las diferentes materias primas, aunque la tipología más abundante es la perforación única mediante rotación con un buril, abrasión o, en algunos casos, percusión indirecta con una punta de hueso o similar. Obviamente, en este aspecto no es posible generalizar, ya que ciertos materiales requerirían tratamientos especiales, como el truncamiento y la preparación superficial de muchas cuentas de marfil o mineral; o el seccionamiento de las conchas de escafópodos aprovechando su morfología tubular.

Finalmente, la connotación simbólica que estos ornamentos pudieron tener entre los cazadores-recolectores europeos es extremadamente difícil de discernir, además, con toda seguridad, no fue constante ni homogénea en todo el área y periodo de estudio, sufriendo variaciones que probablemente fueron acentuándose regionalmente conforme a la cercanía con el Mesolítico. Schwendler (2005: 75) argumenta al respecto que aquellos ornamentos que presentaran un mayor grado de estandarización serían marcadores de identidad grupal, mientras que otros que mostraran mayor variabilidad e irregularidad señalarían habilidades o identidades personales. Combinando la información disponible en el registro arqueológico con los ejemplos etnográficos anteriormente aportados, queda en manos de cada uno hipotetizar los distintos contextos sociales y culturales en los que los cazadores recolectores de la prehistoria pudieron emplear los ornamentos personales aquí tratados. Pese a estas dificultades para proporcionar un significado global a estos elementos, lo que está claro es que se trata de elementos fuertemente conectados a estas sociedades, ya que pese a sus transformaciones estuvieron vigentes entre las miles de generaciones que habitaron el viejo continente durante 40.000 años.

5. BIBLIOGRAFÍA

ADÁN ÁLVAREZ, G. [et al.]. 1995. Prospecciones y excavaciones arqueológicas en el alto valle del Jarama (Valdesotos, Guadalajara, Castilla-La Mancha). En: BALBÍN, R.; VALIENTE, J.; MUSSAT, M. T. (eds.). *Arqueología en Guadalajara*. Toledo: Junta de Comunidades Castilla-La Mancha, pp. 111-124.

ALMEIDA, F. [et al.]. 2004. Novos dados para o Paleolítico Superior final da Estremadura portuguesa: resultados preliminares dos trabalhos arqueológicos de 1997-2003 no Lapa dos Coelhos (Casais Martanes, Torres Novas). *Promontoria, Revista do Departamento de História, Arqueologia e Património da Universidade do Algarve*, **2**, pp. 157-192.

ÁLVAREZ FERNANDEZ, E. 2002. Perforated Homalopoma sanguineum from Tito Bustillo (Asturias): mobility of Magdalenian groups in northern Spain. *Antiquity*, **76**(293), pp. 641-646.

ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E. 2006. *Los objetos de adorno-colgantes del Paleolítico superior y del Mesolítico en la Cornisa Cantábrica y en el Valle del Ebro: una visión europea*. CORCHÓN, M. S.; BOSINSKI, G. (dirs.). Tesis doctoral Universidad de Salamanca.

ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E. 2009. Magdalenian personal ornaments on the move: a review of the current evidence in Central Europe. *Zephyrus*, **63**(1), pp. 45-59.

ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E. 2011. Humans and marine resource interaction reappraised: Archaeofauna remains during the late Pleistocene and Holocene in Cantabrian Spain. *Journal of Anthropological Archaeology*, **30**(3), pp. 327-343.

ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E.; JÖRIS, O. 2007. Personal ornaments in the Early Upper Paleolithic of western Eurasia: an evaluation of the record. *Eurasian Prehistory*, **5**(2), pp. 31-44.

ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E.; AVEZUELA ARISTU, B. 2013. Los objetos de adorno-colgantes durante el Gravetiense en el SW de Europa. En: DE LAS HERAS, C.; LASHERAS, J. A.; ARRIZABALAGA, A.; DE LA RASILLA, M. (eds.). *Pensando el Gravetiense: nuevos datos para la región cantábrica en su contexto peninsular y pirenaico*. Madrid: Monografías del Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira 23, pp. 593-603.

ARIAS, P. [et al.]. 2009. Burials in the cave: new evidence on mortuary practices during the Mesolithic of Cantabrian Spain. *Mesolithic horizons*, **2**, pp. 650-656.

AVEZUELA ARISTU, B. 2013. Los elementos de adorno magdaleniense del abrigo de la Peña de Estebanvela (Ayllón, Segovia). En: CACHO, C. (coord.). *Ocupaciones magdalenienses en el interior de la Península Ibérica. La Peña de Estebanvela (Ayllón, Segovia)*. Valladolid: Junta de Castilla y León-CSIC, pp. 453-469.

AVEZUELA ARISTU, B.; ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E. 2012. Los objetos de adorno-colgantes durante el Solutrense en la Península Ibérica. *Espacio Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria y Arqueología*, **5**, pp. 323-332.

BAILEY, D. 2000. *Balkan prehistory: exclusion, incorporation and identity*. Londres: Taylor & Francis.

BALME, J. [et al.]. 2009. Symbolic behaviour and the peopling of the southern arc route to Australia. *Quaternary International*, **202**, pp. 59-68.

BALME, J.; O'CONNOR, S. 2019. Bead making in Aboriginal Australia from the deep past to European arrival: materials, methods, and meanings. *PaleoAnthropology*, Special Issue, pp. 177-195.

BARNARD, A. 1980. Sex roles among the Nharo Bushmen of Botswana. *Africa: Journal of the International African Institute*, **50**(2), pp. 115-124.

BAR-YOSEF, O. 1998. On the nature of transitions: The Middle to Upper Palaeolithic and Neolithic Revolution. *Cambridge Archaeological Journal*, **8**(2), pp. 141-163.

BAR-YOSEF, O. 2002. The Upper Paleolithic Revolution. *Annual review of anthropology*, **31**(1), pp. 363-393.

BATES, C. D. 1982. Dressing the part: A brief look at the development of stereotypical Indian clothing among native peoples in the far west. *Journal of California and Great Basin Anthropology*, **4**(1), pp. 55-66.

BEDNARIK, R. G. 1995. Towards a better understanding of the origins of body decoration. *Anthropologie*, **33**(3), pp. 201-211.

BEDNARIK, R. G. 2001. Beads and pendants of the Pleistocene. *Anthropos*, **96**, pp. 545-555.

BENAZZI, S. [et al.]. 2011. Early dispersal of modern humans in Europe and implications for Neanderthal behaviour. *Nature*, **479**(7374), pp. 525-528.

BLOCH, M. 1991. Language, anthropology and cognitive science. *Man*, **26**(2), pp. 183-198.

BOTHA, R. 2008. Prehistoric shell beads as a window on language evolution. *Language & Communication*, **28**(3), pp. 197-212.

BOUZOUGGAR, A. [et al.]. 82,000-year-old shell beads from North Africa and implications for the origins of modern human behavior. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, **104**(24), pp. 9964-9969.

CÂRCIUMARU, M. [et al.]. The Engraved Stone Pendant from Poiana Cireşului-Piatra Neamţ, Romania. New Contributions to the Understanding of Symbolic Behavior in Gravettian. *Archaeology, Ethnology & Anthropology of Eurasia*, **44**(4) pp. 35-45.

CARON, F. [et al.]. 2011. The reality of Neandertal symbolic behavior at the Grotte du Renne, Arcy-sur-Cure, France. *PloS one*, **6**(6), pp. 1-11.

CATTELAIN, P. 2012. Les parures au Paléolithique et au Mésolithique: coquillages, dents, os, ivoire et pierres… En: CATTELAIN, P.; BOZET, N.; DI STAZIO, G. V. (eds.). *La parure de Cro-Magnong à Clovis "Il n'y a pas d'Âge(s) pour se faire beau"*. París: Éditions CEDARC, pp. 7-35.

CHAUVIÈRE, F. X. 2002. Industries et parures sur matières dures animales du Paléolithique supérieur de la grotte de Caldeirão (Tomar, Portugal). *Revista portuguesa de Arqueologia*, **5**(1), pp. 5-28.

CLAASSEN, C. 2008. Shell symbolism in Pre-Columbian North America. En: ANTCZAK, A. (ed.). *Early Human Impact on Megamolluscs*. Oxford: British Archaeological Reports, pp. 231-236.

CLOTTES, J.; LEWIS-WILLIAMS, D. 1996. *Los chamanes de la prehistoria.* Barcelona: Ariel.

CONARD, N.; MOREAU, L. 2004. Current research on the Gravettian of the Swabian Jura. *Mitteilungen der Gesellschaft für Urgeschichte*, **13**(2), pp. 29-57.

CORCHÓN RODRÍGUEZ, M. S. 2002. El Tardiglaciar y la transición al Postglaciar en la Meseta Norte española: una visión de síntesis. *Zephyrus: Revista de prehistoria y arqueología*, **55**, pp. 85-142.

D'ERRICO, F.; VANHAEREN, M. 2002. Criteria for identifying red deer (Cervus elaphus) age and sex from their canines. Application to the study of Upper Palaeolithic and Mesolithic ornaments. *Journal of Archaeological Science*, **29**(2), pp. 211-232.

D'ERRICO, F.; BACKWELL, L. 2016. Earliest evidence of personal ornaments associated with burial: the Conus shells from Border Cave. *Journal of Human Evolution*, **93**, pp. 91-108.

D'ERRICO, F.; VANHAEREN, M.; WADLEY, L. 2008. Possible shell beads from the middle stone age layers of Sibudu Cave, South Africa. *Journal of archaeological science*, **35**(10), pp. 2675-2685.

D'ERRICO, F. [et al.]. 1998. Neanderthal Acculturation in Western Europe? A Critical Review of the Evidence and Its Interpretation. *Current Anthropology*, **39**, pp. 1-44.

D'ERRICO, F. [et al.]. 2003. Archaeological evidence for the emergence of language, symbolism, and music–an alternative multidisciplinary perspective. *Journal of World Prehistory*, **17**(1), pp. 1-70.

D'ERRICO, F. [et al.]. 2005. Nassarius kraussianus shell beads from Blombos Cave: evidence for symbolic behaviour in the Middle Stone Age. *Journal of human evolution*, **48**(1), pp. 3-24.

D'ERRICO, F. [et al.]. 2009. Additional evidence on the use of personal ornaments in the Middle Paleolithic of North Africa. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, **106**(38), pp. 16051-16056.

D'ERRICO, F. [et al.]. 2015. Assessing the accidental versus deliberate colour modification of shell beads: a case study on perforated Nassarius kraussianus from Blombos Cave Middle Stone Age levels. *Archaeometry*, **57**(1), pp. 51-76.

DELPORTE, H. 1990. *La imagen de los animales en el arte prehistórico*. Madrid: Compañía Literaria.

GARCÍA-ARGUDO, G [et al.]. 2019. Los ornamentos en concha durante el Paleolítico superior final pirenaico. El caso del yacimiento de Montlleó (Prats i Sansor, Cataluña). En: PASCUAL BENITO, J. L.; SANCHIS, A. (eds.). *Recursos marins en el passat. IV Jornades d'arqueozoologia*. Valencia: Museu de Prehistòria de València, pp. 85–105.

GRÜNBERG, J. M. 2013. Animals in Mesolithic burials in Europe. *Anthropozoologica*, **48**(2), pp. 231-253.

GUTIÉRREZ, C. [et al.]. 2018. Los objetos de adorno del Sector C de Cova Fosca (Castellón). *Anejos a Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, **44**(3), pp. 83-102.

HENSHILWOOD, C. [et al.]. 2004. Middle stone age shell beads from South Africa. *Science*, **304**(5669), pp. 404-404.

HERNANDO, A. 2002. *Arqueología de la identidad.* Madrid: Akal.

HOAREAU, L. 2023. *Évolutions des sociétés épigravettiennes au cours du Tardiglaciaire: de la biographie des objets de parure aux traditions ornementales*. BEYRIES, S. (dir.). Tesis doctoral Université Côte d'Azur.

HOAREAU, L.; BINDER, D.; BEYRIES, S. 2019. Retracer la biographie des objets de parure épigravettiens, de la matière première à la composition ornementale.

Approche systémique de la parure en coquille de l'abri Martin (Alpes-Maritimes, France). En: ALARASHI, H.; DESSÌ, R. M. (eds.). *L'art du paraître: apparences de l'humain, de la Préhistoire à nos jours/The art of human appearance: from prehistory to the present day*. Niza: APDCA-CEPAM, pp. 167-179.

HODDER, I. 1979. Economic and Social Stress and Material Culture Patterning. *American Antiquity*, **44**(3), pp. 446-454.

HOFFECKER, J. F. 2009. The spread of modern humans in Europe. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, **106**(38), pp. 16040-16045.

HUBLIN, J. J. [et al.]. 2020. Initial Upper Palaeolithic Homo sapiens from Bacho Kiro Cave, Bulgaria. *Nature*, **581**(7808), pp. 299-302.

IFRAH, G. 1994. *Histoire universelle des chiffres. L'intelligence des homes racontée par les nombres et le calcul*. Paris: Ed. Robert Laffont.

IWE, K. 2013. Tattoos from mummies of the Pazyryk culture. En: DELLA CASA, P.; WITT, C. (eds.). *Tattoos and Body Modifications in Antiquity: proceedings of the sessions at the EAA annual meetings.* Zúrich: Zurich studies in Archaeology, pp. 89-95.

KLEIN, R. G. 2000. Archeology and the evolution of human behavior. *Evolutionary Anthropology: Issues, News, and Reviews*, **9**(1), pp. 17-36.

KUPER, H. 1973. Costume and Identity. *Comparative studies in society and history*, **15**(3), pp. 348-367.

LANTIS, M. 1946. The social culture of the Nunivak Eskimo. *Transactions of the American Philosophical Society*, **35**(3), pp. 153-323.

LÁZNIČKOVÁ-GALETOVÁ, M. 2019. The symbolism of breast-shaped beads from Dolní Věstonice I (Moravia, Czech Republic). *Quaternary international*, **503**, pp. 221-232.

LOZANO-FRANCISCO, M. C. [et al.]. 2004. Nuevos datos sobre el registro malacológico del Pleistoceno Superior-Holoceno de la Cueva de Nerja (Málaga, España). *Spanish Journal of Palaeontology*, **19**(2), pp. 215-228.

MADERSPACHER, F. 2008. Ötzi. *Current Biology*, **18**(21), pp. 990-991.

MALERBA, G.; GIACOBINI, G. 2014. Les objets en ivoire des sépultures gravettiennes de la Barma Grande de Grimaldi (Ligurie, Italie). Étude descriptive et technologique. *L'anthropologie*, **118**(3), pp. 309-327.

MALINOWSKI, B. 1995. *Los argonautas del Pacífico Occidental.* 2ª ed. Barcelona: Península. ISBN 84-297-0867-7.

MARREIROS, J. 2013. Nuevas evidencias sobre el Paleolítico superior inicial del sudoeste peninsular: el Gravetiense Vicentino de Vale Boi (sur de Portugal). En: DE LAS HERAS, C.; LASHERAS, J. A.; ARRIZABALAGA, A.; DE LA RASILLA, M. (eds.). *Pensando el Gravetiense: nuevos datos para la región cantábrica en su contexto peninsular y pirenaico*. Madrid: Monografías del Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira 23, pp. 86-103.

MARTÍNEZ ANDREU, M. 2007. Nuevas aportaciones al estudio del Solutrense murciano. *Veleia*, **24**, pp. 469-482.

MARTÍNEZ-MORENO, J.; MORA, R.; CASANOVA, J. 2010. Lost in the mountains? Marine ornaments in the Mesolithic of the northeast of the Iberian Peninsula. *Munibe*, **31**, pp. 100-109.

MAYR, F. 1907. Language of colours amongst the Zulus expressed by their bead-work ornaments; and some general notes on their personal adornments and clothing. *Southern African Humanities*, **1**(2), pp. 159-165.

MELLARS, P. 1973. The character of the Middle–Upper Palaeolithic transition in south-west France. En: RENFREW, C. (ed.). *The Explanation of Culture Change*. Londres: Duckworth, pp. 255–276.

MELLARS, P. 2010. Neanderthal symbolism and ornament manufacture: The bursting of a bubble?. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, **107**(47), pp. 20147-20148.

MORONI, A. [et al.]. 2018. Grotta del cavallo (Apulia–Southern Italy). The uluzzian in the mirror. *Journal of Anthropological Sciences*, **96**, pp. 125-160.

NYAMBURA, R. [et al.]. 2013. The Economic utility of beads culture of the Samburu tribe of Kenya. *African Journal of Social Sciences*, **3**(4), pp. 79-84.

PERESANI, M. [et al.]. 2011. Late Neandertals and the intentional removal of feathers as evidenced from bird bone taphonomy at Fumane Cave 44ky BP, Italy. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, **108**(10), pp. 3888-3893.

PERESANI, M. [et al.]. 2019. Personal Ornaments in Early Prehistory Marine and Freshwater Shell Exploitation in the Early Upper Paleolithic: Re-Examination of the Assemblages from Fumane Cave (NE Italy). *PaleoAnthropology*, Special Issue, pp. 64-81.

PESCHAUX, C. 2012. Los adornos Solutrenses: Identificación de un nuevo procedimiento de perforación de las conchas en Lachaud (Terrasson, Dordona, Francia). *Espacio, tiempo y forma. Serie I: Prehistoria y arqueología*, **5**, pp. 333-349.

PESCHAUX, C. 2017. *La parure des sociétés du Dernier Maximum Glaciaire: évolution des pratiques et traditions ornementales entre la fin du Solutréen, le Badegoulien et le début du Magdalénien dans les Bassins parisien, ligérien et aquitaine*. CHRISTENSEN, M. (dir.). Tesis doctoral Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne.

RIGAUD, S. [et al.]. 2014. The way we wear makes the difference: residue analysis applied to Mesolithic personal ornaments from Hohlenstein-Stadel (Germany). *Archaeological and Anthropological Sciences*, **6**, pp. 133-144.

RIVERA ARRIZABALAGA, A. 2009. La conducta moderna en el Paleolítico superior inicial. *Espacio Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria y Arqueología*, **2**, pp. 75-92.

SACKETT, J. A. 1977. The meaning of style in archaeology: a general model. *American antiquity*, **42**(3), pp. 369-380.

SAN JUAN-FOUCHER, C.; FOUCHER, P. 2010. Marine shell beads from the Gravettian at Gargas cave (Hautes- Pyrénées, France): cultural and territorial markers. *Munibe*, **31**, pp. 28-35.

SCHULTING, R. J. 1996. Antlers, bone pins and flint blades: the Mesolithic cemeteries of Téviec and Hoëdic, Brittany. *Antiquity*, **70**(268), pp. 335-350.

SCHWENDLER, R. H. 2005. Magdalenian perforated bone disks in geographic and social contexts. *Mémoires de la Société préhistorique française*, **39**, pp. 73-84.

SCHWENDLER, R. H. 2012. Diversity in social organization across Magdalenian Western Europe ca. 17–12,000 BP. *Quaternary International*, **272**, pp. 333-353.

SLIMAK, L. [et al.]. 2022. Modern human incursion into Neanderthal territories 54,000 years ago at Mandrin, France. *Science advances*, **8**(6), pp. 1-16.

SOLECKI, R. S. 1975. Shanidar IV, a Neanderthal flower burial in northern Iraq. *Science*, **190**(4217), pp. 880-881.

SOLER MAYOR, B. 2015. Elementos de adorno malacológicos de la secuencia Solutrense de la Cova del Parpalló (Gandia, València). Nuevos datos. En: GUTIÉRREZ ZUGASTI, I.; CUENCA SOLANA, D.; GONZÁLEZ MORALES, M. R. (eds.). *La investigación Arqueomalacológica en la Península Ibérica: Nuevas aportaciones*. Santander: Nadir Ediciones, pp. 13-25.

STUART, A. J. [et al.]. 2002. The latest woolly mammoths (Mammuthus primigenius Blumenbach) in Europe and Asia: a review of the current evidence. *Quaternary Science Reviews*, **21**(14), pp. 1559-1569.

TATÁ DOS ANJOS REGALA, F. J. 2011. *Os Adornos do Paleolítico Superior de Vale Boi (Vila do Bispo-Algarve)*. FERREIRA BICHO, N. (dir.). Tesis doctoral Universidad do Algarve.

VANHAEREN, M. 2002. *Les fonctions de la parure au Paléolithique supérieur: de l'individu à l'unité culturelle*. D'ERRICO, F.; DEMARS, P. Y. (dirs.). Tesis doctoral Université Bordeaux I.

VANHAEREN, M.; D'ERRICO, F. 2002. The body ornaments associated with the burial. En: ZILHAO, J.; TRINKAUS, E. (eds.). *Portrait of the Artist as a Child. The Gravettian Human Skeleton from the Abrigo do Lagar Velho and its Archaeological Context*. Lisboa: IPA, pp. 154-186.

VANHAEREN, M.; D'ERRICO, F. 2003. Childhood in the Epipaleolithic. What do personal ornaments associated to burials tell us?. En: LARSSON, L.; KINDGREN, H.; KNUTSSON, K.; LEOFFLER, D.; AKERLUND, A. (eds.). *Mesolithic on the Move*. Oxford: Oxbow Monographs, pp. 494-505.

VANHAEREN, M.; D'ERRICO, F. 2005. Grave goods from the Saint-Germain-la-Rivière burial: evidence for social inequality in the Upper Palaeolithic. *Journal of Anthropological archaeology*, **24**(2), pp. 117-134.

VANHAEREN, M.; D'ERRICO, F. 2006. Aurignacian ethno-linguistic geography of Europe revealed by personal ornaments. *Journal of archaeological science*, **33**(8), pp. 1105-1128.

VANHAEREN, M. [et al.]. 2006. Middle Paleolithic shell beads in Israel and Algeria. *Science*, **312**(5781), pp. 1785-1788.

VANHAEREN, M. [et al.]. 2013. Thinking strings: additional evidence for personal ornament use in the Middle Stone Age at Blombos Cave, South Africa. *Journal of human evolution*, **64**(6), pp. 500-517.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. 2013. Preparándose para la mirada del otro: origen, significados y funciones de los más antiguos colgantes hechos con conchas marinas. *Quintana: revista do Departamento de Historia da Arte*, **12**(12), pp. 13-20.

VERCOUTÈRE, C.; WOLF, S. 2018. Gravettian tear-drop shaped beads. *L'Anthropologie*, **122**(3), pp. 385-401.

VERCOUTÈRE, C. [et al.]. 2011. Rectangular beads from the final gravettian level of the abri Pataud: raw material identification and its archaeological implications. *ArcheoSciences. Revue d'archéométrie*, **35**, pp. 259-271.

WEYLER, E. 1959. *Peuples primitifs d'aujourd'hui*. Paris : Horizons de France.

WHITE, R. 1992. Beyond art: toward an understanding of the origins of material representation in Europe. *Annual Review of Anthropology*, **21**(1), pp. 537-564.

WHITE, R. 1993. Technological and social dimensions of Aurignacian age: body ornaments across Europe. En: KNECHT, H.; PIKE-TAY, A.; WHITE, R. (eds.). *Before Lascaux: The Complex Record of the Early Upper Paleolithic*. Boca Raton: CRC Press, pp. 276-299.

WHITE, R. 2002. Observations technologiques sur les objets de parure. *Gallia Préhistoire*, **34**(1), pp. 257-266.

WHITE R.; NORMAND C. 2015. Early and Archaic Aurignacian Personal Ornaments from Isturitz Cave: Technological and Regional Perspectives. En: WHITE, R.; BOURRILLON, R. (eds.). *Aurignacian Genius: Art, Technology and Society of the First Modern Humans in Europe, Proceedings of the International Symposium, April 08-10 2013*. Nueva York: New York University, pp. 138-164.

WOTJAL, P. [et al.]. 2020. Carnivores in the everyday life of Gravettian hunters-gatherers in Central Europe. *Journal of Anthropological Archaeology*, **59**, pp. 1-14.

ZILHÃO, J. 2007. The emergence of ornaments and art: an archaeological perspective on the origins of 'behavioral modernity'. *Journal of archaeological research*, **15**, pp. 1-54.

ZILHÃO, J. [et al.]. 2010. Symbolic use of marine shells and mineral pigments by Iberian Neandertals. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, **107**(3), pp. 1023-1028.

6. ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1: Reproducción experimental de los colgantes de Blombos Cave 14

Figura 2: Ornamentos predominantes durante el Auriñaciense europeo 22

Figura 3: Elementos ornamentales destacados del Gravetiense 27

Figura 4: Ornamentos predominantes durante el Gravetiense europeo 27

Figura 5: Elementos ornamentales destacados del Solutrense 31

Figura 6: Ornamentos predominantes del Solutrense europeo 32

Figura 7: Elementos ornamentales destacados del Magdaleniense cantábrico 34

Figura 8: Rodetes, contornos recortados y cuenta tipo Petersfels 37

Figura 9: Ornamentos predominantes del Magdaleniense europeo 39

Figura 10: Ornamentos predominantes del Mesolítico europeo 44